

iHacia lo alto! San Pier Giorgio Frassati

“Queridos jóvenes, nuestra esperanza es Jesús. Es Él, como decía San Juan Pablo II, «quien suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande [...], para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna» (XV Jornada Mundial de la Juventud, Vigilia de Oración, 19 de agosto de 2000). Mantengámonos unidos a Él, permanezcamos en su amistad, siempre, cultivándola con la oración, la adoración, la Comunión eucarística, la Confesión frecuente, la caridad generosa, como nos han enseñado los beatos Pier Giorgio Frassati y Carlo Acutis, que pronto serán proclamados Santos. Aspirad a cosas grandes, a la santidad, dondequiera que estéis. No os conforméis con menos. Entonces veréis crecer cada día, en vosotros y a vuestro alrededor, la luz del Evangelio” (Papa León XIV – homilía Jubileo de los jóvenes – 3 de agosto de 2025).

Pier Giorgio y Don Cojazzi

El senador Alfredo Frassati, embajador del Reino de Italia en Berlín, era el propietario y director del periódico La Stampa de Turín. Los Salesianos le debían un gran reconocimiento. Con motivo del gran montaje escandaloso conocido como “Los hechos de Varazze”, en el que se había intentado arrojar lodo sobre la honorabilidad de los Salesianos, Frassati los había defendido. Mientras incluso algunos periódicos católicos parecían perdidos y desorientados ante las graves y penosas acusaciones, La Stampa, tras una rápida investigación, se había adelantado a las conclusiones de la magistratura proclamando la inocencia de los Salesianos. Así, cuando de casa Frassati llegó la solicitud de un salesiano que se encargara de seguir los estudios de los dos hijos del senador, Pier Giorgio y Luciana, Don Paolo Albera, Rector Mayor, se sintió en la obligación de aceptar. Envío a Don Antonio

Cojazzi (1880-1953). Era el hombre apto: buena cultura, temperamento juvenil y una excepcional capacidad comunicativa. Don Cojazzi se había licenciado en letras en 1905, en filosofía en 1906, y había obtenido el diploma de habilitación para la enseñanza de la lengua inglesa después de un serio perfeccionamiento en Inglaterra.

En casa Frassati, Don Cojazzi se convirtió en algo más que el 'preceptor' que seguía a los chicos. Se convirtió en un amigo, especialmente de Pier Giorgio, de quien diría: "Lo conocí a los diez años y lo seguí durante casi todo el bachillerato y la preparatoria con lecciones que en los primeros años eran diarias; lo seguí con creciente interés y afecto". Pier Giorgio, convertido en uno de los jóvenes líderes de la Acción Católica turinesa, escuchaba las conferencias y lecciones que Don Cojazzi impartía a los socios del Círculo C. Balbo, seguía con interés la Revista de los Jóvenes, subía a veces a Valsalice en busca de luz y consejo en los momentos decisivos.

Un momento de notoriedad

Pier Giorgio lo recibió durante el Congreso Nacional de la Juventud Católica italiana, en 1921: cincuenta mil jóvenes que desfilaban por Roma, cantando y orando. Pier Giorgio, estudiante de ingeniería, sostenía la bandera tricolor del círculo turinés C. Balbo. Las tropas reales, de repente, rodearon la enorme procesión y la asaltaron para arrebatarse las banderas. Querían impedir desórdenes. Un testigo contó: "Golpean con las culatas de los fusiles, agarran, rompen, arrancan nuestras banderas. Veo a Pier Giorgio forcejeando con dos guardias. Acudimos en su ayuda, y la bandera, con la asta rota, queda en sus manos. Encarcelados a la fuerza en un patio, los jóvenes católicos son interrogados por la policía. El testigo recuerda el diálogo llevado con los modos y las cortesías que se usan en semejantes contingencias:

- ¿Y tú, cómo te llamas?
- Pier Giorgio Frassati de Alfredo.
- ¿Qué hace tu padre?
- Embajador de Italia en Berlín.

Asombro, cambio de tono, disculpas, oferta de libertad inmediata.

– Saldré cuando salgan los demás.

Mientras tanto, el espectáculo bestial continúa. Un sacerdote es arrojado, literalmente arrojado al patio con la sotana rasgada y una mejilla sangrando... Juntos nos arrodillamos en el suelo, en el patio, cuando aquel sacerdote harapiento levantó el rosario y dijo: ¡Muchachos, por nosotros y por los que nos han golpeado, oremos!».

Amaba a los pobres

Pier Giorgio amaba a los pobres, los iba a buscar en los barrios más lejanos de la ciudad; subía las escaleras estrechas y oscuras; entraba en los desvanes donde solo habitan la miseria y el dolor. Todo lo que tenía en el bolsillo era para los demás, como todo lo que guardaba en el corazón. Llegaba a pasar las noches al lado de enfermos desconocidos. Una noche que no regresaba a casa, el padre, cada vez más ansioso, llamó a la comisaría, a los hospitales. A las dos se oyó girar la llave en la puerta y Pier Giorgio entró. Papá explotó:

– Mira, puedes estar fuera de día, de noche, nadie te dice nada. ¡Pero cuando llegas tan tarde, avisa, llama por teléfono!

Pier Giorgio lo miró, y con la habitual sencillez respondió:

– Papá, donde yo estaba, no había teléfono.

Las Conferencias de San Vicente de Paúl lo vieron como un asiduo colaborador; los pobres lo conocieron como consolador y socorredor; los miserables desvanes lo acogieron a menudo entre sus sórdidas paredes como un rayo de sol para sus desamparados habitantes. Dominado por una profunda humildad, no quería que nadie supiera lo que hacía.

Giorgetto, hermoso y santo

A principios de julio de 1925, Pier Giorgio fue atacado y abatido por un violento ataque de poliomielitis. Tenía 24 años. En su lecho de muerte, mientras una terrible enfermedad

le devastaba la espalda, todavía pensaba en sus pobres. En una nota, con una letra ya casi indescifrable, escribió para el ingeniero Grimaldi, su amigo: Aquí están las inyecciones de Converso, la póliza es de Sappa. La he olvidado, renuévala tú. Al regresar del funeral de Pier Giorgio, Don Cojazzi escribe de improviso un artículo para la Revista de los Jóvenes: "Repetiré la vieja frase, pero sincerísima: no creía amarlo tanto. ¡Giorgetto, hermoso y santo! ¿Por qué me cantan en el corazón estas palabras insistentes? Porque las oí repetir, las oí pronunciar durante casi dos días, por el padre, por la madre, por la hermana, con una voz que siempre decía y nunca repetía. Y porque afloran ciertos versos de una balada de Deroulède: «¡Se hablará de él durante mucho tiempo, en los palacios dorados y en las casas de campo perdidas! Porque de él hablarán también las chozas y los desvanes, donde pasó tantas veces como ángel consolador». Lo conocí a los diez años y lo seguí durante casi todo el bachillerato y parte de la preparatoria... lo seguí con creciente interés y afecto hasta su transfiguración actual... Escribiré su vida. Se trata de la recopilación de testimonios que presentan la figura de este joven en la plenitud de su luz, en la verdad espiritual y moral, en el testimonio luminoso y contagioso de bondad y generosidad".

El best-seller de la editorial católica

Animado e impulsado también por el arzobispo de Turín, Mons. Giuseppe Gamba, Don Cojazzi se puso a trabajar con ahínco. Los testimonios llegaron numerosos y cualificados, fueron ordenados y examinados con cuidado. La madre de Pier Giorgio seguía el trabajo, daba sugerencias, proporcionaba material. En marzo de 1928 sale la vida de Pier Giorgio. Escribe Luigi Gedda: "Fue un éxito rotundo. En solo nueve meses se agotaron 30 mil copias del libro. En 1932 ya se habían difundido 70 mil copias. En el lapso de 15 años, el libro sobre Pier Giorgio alcanzó 11 ediciones, y quizás fue el best-seller de la editorial católica en ese período".

La figura iluminada por Don Cojazzi fue una bandera para la

Acción Católica durante el difícil tiempo del fascismo. En 1942 habían tomado el nombre de Pier Giorgio Frassati: 771 asociaciones juveniles de Acción Católica, 178 secciones aspirantes, 21 asociaciones universitarias, 60 grupos de estudiantes de secundaria, 29 conferencias de San Vicente, 23 grupos del Evangelio... El libro fue traducido al menos a 19 idiomas.

El libro de Don Cojazzi marcó un punto de inflexión en la historia de la juventud italiana. Pier Giorgio fue el ideal señalado sin ninguna reserva: alguien que supo demostrar que ser cristiano hasta el fondo no es en absoluto utópico ni fantástico.

Pier Giorgio Frassati también marcó un punto de inflexión en la historia de Don Cojazzi. Aquella nota escrita por Pier Giorgio en su lecho de muerte le reveló de manera concreta, casi brutal, el mundo de los pobres. El mismo Don Cojazzi escribe: "El Viernes Santo de este año (1928) con dos universitarios visité durante cuatro horas a los pobres fuera de Porta Metronia. Aquella visita me proporcionó una lección y una humillación muy saludables. Yo había escrito y hablado muchísimo sobre las Conferencias de San Vicente... y sin embargo nunca había ido ni una sola vez a visitar a los pobres. En aquellas sucias chabolas a menudo se me salían las lágrimas... ¿La conclusión? Aquí está clara y cruda para mí y para vosotros: menos palabras bonitas y más obras buenas".

El contacto vivo con los pobres no es solo una aplicación inmediata del Evangelio, sino una escuela de vida para los jóvenes. Son la mejor escuela para los jóvenes, para educarlos y mantenerlos en la seriedad de la vida. Quien visita a los pobres y toca con sus propias manos sus llagas materiales y morales, ¿cómo puede malgastar su dinero, su tiempo, su juventud? ¿Cómo puede quejarse de sus propios trabajos y dolores, cuando ha conocido, por experiencia directa, que otros sufren más que él?

¡No vegetar, sino vivir!

Pier Giorgio Frassati es un ejemplo luminoso de santidad

juvenil, actual, «enmarcado» en nuestro tiempo. Él atestigua una vez más que la fe en Jesucristo es la religión de los fuertes y de los verdaderamente jóvenes, que solo ella puede iluminar todas las verdades con la luz del «misterio» y que solo ella puede regalar la perfecta alegría. Su existencia es el modelo perfecto de la vida normal al alcance de todos. Él, como todos los seguidores de Jesús y del Evangelio, comenzó por las pequeñas cosas; llegó a las alturas más sublimes a fuerza de sustraerse a los compromisos de una vida mediocre y sin sentido y empleando la natural terquedad en sus firmes propósitos. Todo, en su vida, le sirvió de escalón para subir; incluso aquello que debería haberle sido un tropiezo. Entre sus compañeros era el intrépido y exuberante animador de cada empresa, atrayendo a su alrededor tanta simpatía y tanta admiración. La naturaleza le había sido generosa en favores: de familia renombrada, rico, de ingenio sólido y práctico, físico apuesto y robusto, educación completa, nada le faltaba para abrirse camino en la vida. Pero él no pretendía vegetar, sino conquistar su lugar al sol, luchando. Era un hombre de temple y un alma de cristiano.

Su vida tenía en sí misma una coherencia que descansaba en la unidad del espíritu y de la existencia, de la fe y de las obras. La fuente de esta personalidad tan luminosa estaba en la profunda vida interior. Frassati rezaba. Su sed de Gracia le hacía amar todo lo que llena y enriquece el espíritu. Se acercaba cada día a la Santa Comunión, luego permanecía a los pies del altar, largo tiempo, sin que nada pudiera distraerlo. Rezaba en los montes y por el camino. Sin embargo, la suya no era una fe ostentosa, aunque las señales de la cruz hechas en la vía pública al pasar por delante de las iglesias eran grandes y seguras, aunque el Rosario se rezaba en voz alta, en un vagón de tren o en la habitación de un hotel. Pero era más bien una fe vivida tan intensa y sinceramente que brotaba de su alma generosa y franca con una sencillez de actitud que convencía y conmovía. Su formación espiritual se fortaleció en las adoraciones nocturnas de las que fue ferviente propugnador e infaltable participante. Realizó los ejercicios espirituales

en más de una ocasión, obteniendo de ellos serenidad y vigor espiritual.

El libro de Don Cojazzi se cierra con la frase: «Haberlo conocido o haber oído hablar de él significa amarlo, y amarlo significa seguirlo». El deseo es que el testimonio de Piergiorgio Frassati sea “sal y luz” para todos, especialmente para los jóvenes de hoy.

La radicalidad evangélica del Beato Stefano Sándor

Stefano Sándor (Szolnok 1914 – Budapest 1953) es un mártir coadjutor salesiano. Joven alegre y devoto, tras estudiar metalurgia ingresó entre los Salesianos, convirtiéndose en maestro tipógrafo y guía de los jóvenes. Animó oratorios, fundó la Juventud Obrera Católica y transformó trincheras y obras en «oratorios festivos». Cuando el régimen comunista confiscó las obras eclesiales, continuó clandestinamente educando y salvando a jóvenes y maquinaria; arrestado, fue colgado el 8 de junio de 1953. Enraizado en la Eucaristía y en la devoción a María, encarnó la radicalidad evangélica de Don Bosco con dedicación educativa, coraje y fe inquebrantable. Beatificado por el papa Francisco en 2013, sigue siendo un modelo de santidad laical salesiana.

1. Datos biográficos

Sándor Stefano nació en Szolnok, Hungría, el 26 de octubre de 1914, hijo de Stefano y Maria Fekete, el primero de tres hermanos. Su padre era empleado de los Ferrocarriles del Estado, mientras que su madre era ama de casa. Ambos transmitieron a sus hijos una profunda religiosidad. Stefano estudió en su ciudad, obteniendo el diploma de técnico

metalúrgico. Desde joven era estimado por sus compañeros, era alegre, serio y amable. Ayudaba a sus hermanos menores a estudiar y a rezar, siendo el primero en dar el ejemplo. Hizo con fervor la confirmación comprometiéndose a imitar a su santo protector y a san Pedro. Servía cada día la santa Misa con los padres franciscanos, recibiendo la Eucaristía.

Leyendo el Boletín Salesiano conoció a Don Bosco. Se sintió inmediatamente atraído por el carisma salesiano. Consultó con su director espiritual, expresándole el deseo de ingresar en la Congregación salesiana. También lo habló con sus padres. Ellos le negaron el consentimiento y trataron de disuadirlo por todos los medios. Pero Stefano logró convencerlos, y en 1936 fue aceptado en el Clarisseum, sede de los Salesianos en Budapest, donde en dos años hizo el aspirantado. Asistió en la imprenta "Don Bosco" a los cursos de técnico impresor. Comenzó el noviciado, pero tuvo que interrumpirlo por la llamada a las armas.

En 1939 obtuvo el alta definitiva y, tras el año de noviciado, emitió su primera profesión el 8 de septiembre de 1940 como salesiano coadjutor. Destinado al Clarisseum, se comprometió activamente en la enseñanza en los cursos profesionales. También tuvo la responsabilidad de la asistencia al oratorio, que llevó a cabo con entusiasmo y competencia. Fue el promotor de la Juventud Obrera Católica. Su grupo fue reconocido como el mejor del movimiento. Siguiendo el ejemplo de Don Bosco, se mostró como un educador modelo. En 1942 fue llamado al frente y se ganó una medalla de plata al valor militar. La trinchera era para él un oratorio festivo que animaba salesianamente, reconfortando a sus compañeros de servicio. Al final de la Segunda Guerra Mundial se comprometió en la reconstrucción material y moral de la sociedad, dedicándose en particular a los jóvenes más pobres, a quienes reunía enseñándoles un oficio. El 24 de julio de 1946 emitió su profesión perpetua. En 1948 obtuvo el título de maestro impresor. Al final de sus estudios, los alumnos de Stefano eran contratados en las mejores imprentas de la capital Budapest y de Hungría.

Cuando el Estado en 1949, bajo Mátyás Rákosi, confiscó los bienes eclesiásticos y comenzaron las persecuciones contra las escuelas católicas, que tuvieron que cerrar, Sándor trató de salvar lo salvable, al menos algunas máquinas de impresión y algo del mobiliario que había costado tantos sacrificios. De repente, los religiosos se encontraron sin nada, todo había pasado a ser del Estado. El estalinismo de Rákosi continuó arremetiendo: los religiosos fueron dispersados. Sin hogar, trabajo, comunidad, muchos se redujeron a la clandestinidad. Se adaptaron a hacer de todo: basureros, campesinos, peones, cargadores, sirvientes... También Stefano tuvo que "desaparecer", dejando su imprenta que se había vuelto famosa. En lugar de refugiarse en el extranjero, permaneció en su país para salvar a la juventud húngara. Capturado *in fraganti* (estaba tratando de salvar algunas máquinas de impresión), tuvo que huir rápidamente y permanecer escondido durante algunos meses; luego, bajo otro nombre, logró conseguir trabajo en una fábrica de detergentes de la capital, pero continuó valiente y clandestinamente su apostolado, a pesar de saber que era una actividad estrictamente prohibida. En julio de 1952 fue capturado en su lugar de trabajo y no fue más visto por sus hermanos. Un documento oficial certifica su proceso y condena a muerte, ejecutada por ahorcamiento el 8 de junio de 1953.

La fase diocesana de la Causa de martirio comenzó en Budapest el 24 de mayo de 2006 y concluyó el 8 de diciembre de 2007. El 27 de marzo de 2013, el Papa Francisco autorizó a la Congregación de las Causas de los Santos a promulgar el Decreto de martirio y a celebrar el rito de beatificación, que tuvo lugar el sábado 19 de octubre de 2013 en Budapest.

2. Testimonio original de santidad salesiana

Los rápidos datos sobre la biografía de Sándor nos han introducido en el corazón de su historia espiritual. Contemplando la fisonomía que ha asumido en él la vocación salesiana, marcada por la acción del Espíritu y ahora propuesta por la Iglesia, descubrimos algunos rasgos de esa

santidad: el profundo sentido de Dios y la plena y serena disponibilidad a su voluntad, la atracción por Don Bosco y la cordial pertenencia a la comunidad salesiana, la presencia animadora y alentadora entre los jóvenes, el espíritu de familia, la vida espiritual y de oración cultivada personalmente y compartida con la comunidad, la total consagración a la misión salesiana vivida en la dedicación a los aprendices y a los jóvenes trabajadores, a los chicos del oratorio, a la animación de grupos juveniles. Se trata de una activa presencia en el mundo educativo y social, toda animada por la caridad de Cristo que lo impulsa interiormente.

No faltaron gestos que tienen de heroico y de inusual, hasta el supremo de donar su propia vida por la salvación de la juventud húngara. «Un joven quería saltar al tranvía que pasaba frente a la casa salesiana. Cometiendo un error, cayó bajo el vehículo. La tren se detuvo demasiado tarde; una rueda lo hirió profundamente en el muslo. Una gran multitud se reunió para observar la escena sin intervenir, mientras el pobre desafortunado estaba a punto de desangrarse. En ese momento se abrió la puerta del colegio y Pista (nombre familiar de Stefano) corrió afuera con una camilla plegable bajo el brazo. Tiró su chaqueta al suelo, se metió debajo del tranvía y sacó al joven con prudencia, apretando su cinturón alrededor del muslo sangrante, y colocó al chico en la camilla. En ese momento llegó la ambulancia. La multitud aplaudió a Pista con entusiasmo. Él se sonrojó, pero no pudo ocultar la alegría de haber salvado la vida a alguien».

Uno de sus chicos recuerda: «Un día me enfermé gravemente de tifus. En el hospital de Újpest, mientras mis padres se preocupaban por mi vida a mi lado, Stefano Sándor se ofreció a darme sangre, si fuera necesario. Este acto de generosidad conmovió mucho a mi madre y a todas las personas a mi alrededor».

Aunque han pasado más de sesenta años desde su martirio y ha sido profunda la evolución de la Vida Consagrada, de la experiencia salesiana, de la vocación y de la formación del salesiano coadjutor, el camino salesiano

hacia la santidad trazado por Stefano Sándor es un signo y un mensaje que abre perspectivas para el hoy. De este modo se cumple la afirmación de las Constituciones salesianas: «Los hermanos que han vivido o viven en plenitud el proyecto evangélico de las Constituciones son para nosotros estímulo y ayuda en el camino de santificación». Su beatificación indica concretamente esa «alta medida de la vida cristiana ordinaria» indicada por Juan Pablo II en la Novo Millennio Ineunte.

2.1. Bajo el estandarte de Don Bosco

Siempre es interesante tratar de identificar en el plan misterioso que el Señor teje sobre cada uno de nosotros el hilo conductor de toda la existencia. Con una fórmula sintética, el secreto que ha inspirado y guiado todos los pasos de la vida de Stefano Sándor se puede sintetizar con estas palabras: siguiendo a Jesús, con Don Bosco y como Don Bosco, en todas partes y siempre. En la historia vocacional de Stefano, Don Bosco irrumpe de manera original y con los rasgos típicos de una vocación bien identificada, como escribió el párroco franciscano, presentando al joven Stefano: «Aquí en Szolnok, en nuestra parroquia, tenemos un joven muy bueno: Stefano Sándor, de quien soy padre espiritual y que, al terminar la escuela técnica, aprendió el oficio en una escuela metalúrgica; hace la Comunión diariamente y le gustaría ingresar en una orden religiosa. Con nosotros no tendríamos ninguna dificultad, pero él querría entrar en los Salesianos como hermano laico».

El juicio halagador del párroco y director espiritual destaca: los rasgos de trabajo y oración típicos de la vida salesiana; un camino espiritual perseverante y constante con una guía espiritual; el aprendizaje del arte tipográfico que con el tiempo se perfeccionará y se especializará.

Había llegado a conocer a Don Bosco a través del *Boletín Salesiano* y las publicaciones salesianas de Rákospalota. De este contacto a través de la prensa salesiana nació quizás su pasión por la tipografía y por los libros. En

la carta al Inspector de los Salesianos de Hungría, don János Antal, donde pide ser aceptado entre los hijos de Don Bosco, declaraba: «Siento la vocación de entrar en la Congregación salesiana. Se necesita trabajo en todas partes; sin trabajo no se puede alcanzar la vida eterna. A mí me gusta trabajar».

Desde el principio emerge la voluntad fuerte y decidida de perseverar en la vocación recibida, como luego de hecho sucederá. Cuando el 28 de mayo de 1936 solicitó la admisión al noviciado salesiano, declaró haber «conocido la Congregación salesiana y haber sido cada vez más confirmado en su vocación religiosa, tanto que confía en poder perseverar bajo el estandarte de Don Bosco». Con pocas palabras, Sándor expresa una conciencia vocacional de alto perfil: conocimiento experiencial de la vida y del espíritu de la Congregación; confirmación de una elección justa e irreversible; seguridad para el futuro de ser fiel en el campo de batalla que lo espera.

El acta de admisión al noviciado, en lengua italiana (2 de junio de 1936), califica unánimemente la experiencia del aspirantado: «Con excelente resultado, diligente, de buena piedad y se ofreció por sí mismo al oratorio festivo, fue práctico, de buen ejemplo, recibió el certificado de impresor, pero aún no tiene la perfecta practicidad». Ya están presentes esos rasgos que, consolidados posteriormente en el noviciado, definirán su fisonomía de religioso salesiano laico: la ejemplaridad de la vida, la generosa disponibilidad a la misión salesiana, la competencia en la profesión de impresor.

El 8 de septiembre de 1940 emite su profesión religiosa como salesiano coadjutor. De este día de gracia, reproducimos una carta escrita por Pista, como se le llamaba familiarmente, a sus padres: «Queridos padres, tengo que informarles de un evento importante para mí y que dejará huellas indelebles en mi corazón. El 8 de septiembre, por gracia de Dios y con la protección de la Santa Virgen, me he comprometido con la profesión a amar y servir a Dios. En la fiesta de la Virgen Madre he hecho mi matrimonio con Jesús y

le he prometido con el triple voto ser Suyo, no separarme nunca más de Él y perseverar en la fidelidad a Él hasta la muerte. Por lo tanto, les pido a todos ustedes que no me olviden en sus oraciones y en las Comuniones, haciendo votos para que yo pueda permanecer fiel a mi promesa hecha a Dios. Pueden imaginar que ese fue para mí un día alegre, nunca antes vivido en mi vida. Creo que no podría haberle dado a la Virgen un regalo de cumpleaños más grato que el regalo de mí mismo. Imagino que el buen Jesús los habrá mirado con ojos afectuosos, siendo ustedes quienes me donaron a Dios... Saludos afectuosos a todos. PISTA».

2.2. Dedicación absoluta a la misión

«La misión da a toda nuestra existencia su tono concreto...», dicen las Constituciones salesianas. Stefano Sándor vivió la misión salesiana en el campo que le había sido confiado, encarnando la caridad pastoral educativa como salesiano coadjutor, con el estilo de Don Bosco. Su fe lo llevó a ver a Jesús en los jóvenes aprendices y trabajadores, en los chicos del oratorio, en los de la calle.

En la industria tipográfica, la dirección competente de la administración es considerada una tarea esencial. Stefano Sándor estaba encargado de la dirección, del entrenamiento práctico y específico de los aprendices y de la fijación de los precios de los productos tipográficos. La imprenta "Don Bosco" gozaba en todo el país de gran prestigio. Formaban parte de las ediciones salesianas el Boletín Salesiano, Juventud Misionera, revistas para la juventud, el Calendario Don Bosco, libros de devoción y la edición en traducción húngara de los escritos oficiales de la Dirección General de los Salesianos. Es en ese ambiente que Stefano Sándor comenzó a amar los libros católicos que no solo eran preparados por él para la impresión, sino también estudiados.

En el servicio a la juventud, él también era responsable de la educación colegial de los jóvenes. También esta era una tarea importante, además de su entrenamiento técnico. Era indispensable disciplinar a los jóvenes, en fase

de desarrollo vigoroso, con firmeza afectuosa. En cada momento del período de aprendiz, él los acompañaba como un hermano mayor. Stefano Sándor se destacó por una fuerte personalidad: poseía una excelente formación específica, acompañada de disciplina, competencia y espíritu comunitario.

No se contentaba con un solo trabajo determinado, sino que se mostraba disponible a cada necesidad. Asumió la tarea de sacristán de la pequeña iglesia del Clarisseum y se ocupó de la dirección del "Pequeño Clero". Prueba de su capacidad de resistencia fue también el compromiso espontáneo de trabajo voluntario en el floreciente oratorio, frecuentado regularmente por los jóvenes de los dos suburbios de Újpest y Rákospalota. Le gustaba jugar con los chicos; en los partidos de fútbol, hacía de árbitro con gran competencia.

2.3. Religioso educador

Stefano Sándor fue educador en la fe de cada persona, hermano y joven, especialmente en los momentos de prueba y en la hora del martirio. Realmente, Sándor había hecho de la misión por los jóvenes su propio espacio educativo, donde vivía diariamente los criterios del Sistema Preventivo de Don Bosco – razón, religión, amabilidad – en la cercanía y asistencia amorosa a los jóvenes trabajadores, en la ayuda prestada para comprender y aceptar las situaciones de sufrimiento, en el testimonio vivo de la presencia del Señor y de su amor indefectible.

En Rákospalota, Stefano Sándor se dedicó con celo a la formación de los jóvenes tipógrafos y a la educación de los jóvenes del oratorio y de los "Pajes del Sagrado Corazón". En estos frentes manifestó un marcado sentido del deber, viviendo con gran responsabilidad su vocación religiosa y caracterizándose por una madurez que suscitaba admiración y estima. «Durante su actividad tipográfica, vivía concienzudamente su vida religiosa, sin ninguna voluntad de aparecer. Practicaba los votos de pobreza, castidad y obediencia, sin ninguna obligación. En este campo, su sola presencia valía un testimonio, sin decir ninguna palabra.

También los alumnos reconocían su autoridad, gracias a sus modos fraternales. Ponía en práctica todo lo que decía o pedía a los alumnos, y a nadie se le ocurría contradecirlo de ninguna manera».

György Érseki conocía a los Salesianos desde 1945 y después de la Segunda Guerra Mundial fue a vivir a Rákospalota, en el Clarisseum. Su conocimiento con Stefano Sándor duró hasta 1947. Durante este período no solo nos ofrece un vistazo de la múltiple actividad del joven coadjutor, tipógrafo, catequista y educador de la juventud, sino también una lectura profunda, de la cual emerge la riqueza espiritual y la capacidad educativa de Stefano: «Stefano Sándor fue una persona muy dotada por naturaleza. En calidad de pedagogo, puedo sostener y confirmar su capacidad de observación y su personalidad polifacética. Fue un buen educador y lograba manejar a los jóvenes, uno por uno, de una manera óptima, eligiendo el tono adecuado con todos. Hay aún un detalle perteneciente a su personalidad: consideraba cada uno de sus trabajos un santo deber, consagrando, sin esfuerzos y con gran naturalidad, toda su energía a la realización de este propósito sagrado. Gracias a un instinto innato, lograba captar la atmósfera y influirla positivamente. [...] Tenía un carácter fuerte como educador; se preocupaba de todos individualmente. Se interesaba por nuestros problemas personales, reaccionando siempre de la manera más adecuada para nosotros. De esta manera realizaba los tres principios de Don Bosco: la razón, la religión y la amabilidad... Los coadjutores salesianos no usaban la vestimenta fuera del contexto litúrgico, pero el aspecto de Stefano Sándor se distinguía de la masa de la gente. En lo que respecta a su actividad de educador, nunca recurría al castigo físico, prohibido según los principios de Don Bosco, a diferencia de otros maestros salesianos más impulsivos, incapaces de dominarse y que a veces daban bofetadas. Los alumnos aprendices confiados a él formaban una pequeña comunidad dentro del colegio, aunque eran diferentes entre sí desde el punto de vista de la edad y la cultura. Ellos comían en el

comedor junto a los otros estudiantes, donde habitualmente durante las comidas se leía la Biblia. Naturalmente, también estaba presente Stefano Sándor. Gracias a su presencia, el grupo de aprendices industriales siempre resultó ser el más disciplinado... Stefano Sándor siempre se mantuvo juvenil, demostrando gran comprensión hacia los jóvenes. Captando sus problemas, transmitía mensajes positivos y sabía aconsejarlos tanto en el plano personal como en el religioso. Su personalidad revelaba gran tenacidad y resistencia en el trabajo; incluso en las situaciones más difíciles, se mantenía fiel a sus ideales y a sí mismo. El colegio salesiano de Rákospalota albergaba una gran comunidad, requiriendo un trabajo con los jóvenes a más niveles. En el colegio, junto a la tipografía, vivían jóvenes salesianos en formación, que estaban en estrecha relación con los coadjutores. Recuerdo los siguientes nombres: József Krammer, Imre Strifler, Vilmos Klinger y László Merész. Estos jóvenes tenían tareas diferentes a las de Stefano Sándor y también se diferenciaban en carácter. Sin embargo, gracias a su vida en común, conocían los problemas, las virtudes y los defectos unos de otros. Stefano Sándor en su relación con estos clérigos siempre encontró la medida adecuada. Stefano Sándor logró encontrar el tono fraternal para amonestarlos, cuando mostraban alguna de sus faltas, sin caer en el paternalismo. De hecho, fueron los jóvenes clérigos quienes pidieron su opinión. En mi opinión, él realizó los ideales de Don Bosco. Desde el primer momento de nuestro conocimiento, Stefano Sándor representó el espíritu que caracterizaba a los miembros de la Sociedad Salesiana: sentido del deber, pureza, religiosidad, practicidad y fidelidad a los principios cristianos».

Un joven de esa época recuerda así el espíritu que animaba a Stefano Sándor: «Mi primer recuerdo de él está ligado a la sacristía del *Clarisseum*, en la que él, en calidad de sacristán principal, exigía el orden, imponiendo la seriedad debida a la situación, permaneciendo sin embargo siempre él, con su comportamiento, a darnos el buen ejemplo. Era una de sus características el darnos las directrices con

un tono moderado, sin alzar la voz, pidiéndonos más bien cortésmente que hiciéramos nuestros deberes. Este su comportamiento espontáneo y amigable nos conquistó. Le queríamos de verdad. Nos encantó la naturalidad con la que Stefano Sándor se ocupaba de nosotros. Nos enseñaba, oraba y vivía con nosotros, testimoniando la espiritualidad de los coadjutores salesianos de ese tiempo. Nosotros, jóvenes, a menudo no nos dábamos cuenta de cuán especiales eran estas personas, pero él se destacaba por su seriedad, que manifestaba en la iglesia, en la tipografía y hasta en el campo de juego».

3. Reflejo de Dios con radicalidad evangélica

Lo que daba espesor a todo esto – la dedicación a la misión y la capacidad profesional y educativa – y que impactaba inmediatamente a quienes lo encontraban era la figura interior de Stefano Sándor, la de discípulo del Señor, que vivía en cada momento su consagración, en la constante unión con Dios y en la fraternidad evangélica. De los testimonios procesales emerge una figura completa, también por ese equilibrio salesiano por el cual las diferentes dimensiones se conjugan en una personalidad armónica, unificada y serena, abierta al misterio de Dios vivido en lo cotidiano.

Un rasgo que impacta de tal radicalidad es el hecho de que desde el noviciado todos sus compañeros, incluso aquellos aspirantes al sacerdocio y mucho más jóvenes que él, lo estimaban y lo veían como modelo a imitar. La ejemplaridad de su vida consagrada y la radicalidad con la que vivió y testificó los consejos evangélicos lo distinguieron siempre y en todas partes, por lo que en muchas ocasiones, incluso en el tiempo de la prisión, varios pensaban que era un sacerdote. Tal testimonio dice mucho de la singularidad con la que Stefano Sándor vivió siempre con clara identidad su vocación de salesiano coadjutor, evidenciando precisamente lo específico de la vida consagrada salesiana como tal. Entre los compañeros de noviciado, Gyula Zsédely habla así de Stefano

Sándor: «Entramos juntos en el noviciado salesiano de Santo Stefano en Mezőnyárád. Nuestro maestro fue Béla Bali. Aquí pasé un año y medio con Stefano Sándor y fui testigo ocular de su vida, modelo de joven religioso. Aunque Stefano Sándor tenía al menos nueve-diez años más que yo, convivía con sus compañeros de noviciado de manera ejemplar; participaba en las prácticas de piedad junto a nosotros. No sentíamos en absoluto la diferencia de edad; él estaba a nuestro lado con afecto fraternal. Nos edificaba no solo a través de su buen ejemplo, sino también dándonos consejos prácticos en relación con la educación de la juventud. Se veía ya entonces cómo estaba predestinado a esta vocación según los principios educativos de Don Bosco... Su talento de educador saltó a la vista también para nosotros los novicios, especialmente en ocasión de las actividades comunitarias. Con su encanto personal nos entusiasmaba de tal manera, que dábamos por sentado que podíamos afrontar con facilidad incluso las tareas más difíciles. El motor de su profunda espiritualidad salesiana fueron la oración y la Eucaristía, así como la devoción a la Virgen María Auxiliadora. Durante el noviciado, que duró un año, veíamos en su persona un buen amigo. Se convirtió en nuestro modelo también en la obediencia, ya que, siendo él el mayor, fue puesto a prueba con pequeñas humillaciones, pero él las soportó con dominio y sin dar signos de sufrimiento o resentimiento. En ese tiempo, desafortunadamente, había alguien entre nuestros superiores que se divertía humillando a los novicios, pero Stefano Sándor supo resistir bien. Su grandeza de espíritu, arraigada en la oración, era perceptible para todos».

Respecto a la intensidad con la que Stefano Sándor vivía su fe, con *una continua unión con Dios*, emerge una ejemplaridad de testimonio evangélico, que podemos bien definir como un “reflejo de Dios”: «Me parece que su actitud interior surgió de la devoción a la Eucaristía y a la Virgen, la cual había transformado también la vida de Don Bosco. Cuando se ocupaba de nosotros, “Pequeño Clero”, no daba la impresión de ejercer un oficio; sus acciones manifestaban la

espiritualidad de una persona capaz de orar con gran fervor. Para mí y para mis coetáneos “el Señor Sándor” fue un ideal y ni por asomo pensábamos que todo lo que hemos visto y oído fuera una puesta en escena superficial. Considero que solo su íntima vida de oración pudo alimentar tal comportamiento cuando, aún siendo un confrater muy joven, había comprendido y tomado en serio el método de educación de Don Bosco».

La radicalidad evangélica se expresó en diversas formas a lo largo de la vida religiosa de Stefano Sándor:

– En esperar con paciencia el consentimiento de los padres para entrar en los Salesianos.

– En cada paso de la vida religiosa tuvo que esperar: antes de ser admitido al noviciado tuvo que hacer el aspirantado; admitido al noviciado tuvo que interrumpirlo para hacer el servicio militar; la solicitud para la profesión perpetua, antes aceptada, será pospuesta después de un período adicional de votos temporales.

– En las duras experiencias del servicio militar y en el frente. El enfrentamiento con un ambiente que tendía muchas trampas a su dignidad de hombre y de cristiano reforzó en este joven novicio la decisión de seguir al Señor, de ser fiel a su elección de Dios, cueste lo que cueste. Realmente no hay discernimiento más duro y exigente que el de un noviciado probado y evaluado en la trinchera de la vida militar.

– En los años de la supresión y luego de la cárcel, hasta la hora suprema del martirio.

Todo esto revela esa mirada de fe que acompañará siempre la historia de Stefano: la conciencia de que Dios está presente y actúa para el bien de sus hijos.

Conclusión

Stefano Sándor desde su nacimiento hasta su muerte fue un hombre profundamente religioso, que en todas las circunstancias de la vida respondió con dignidad y coherencia a las exigencias de su vocación salesiana. Así vivió en el período del aspirantado y de la formación inicial, en su

trabajo de tipógrafo, como animador del oratorio y de la liturgia, en el tiempo de la clandestinidad y de la encarcelación, hasta los momentos que precedieron su muerte. Deseoso, desde su primera juventud, de consagrarse al servicio de Dios y de los hermanos en la generosa tarea de la educación de los jóvenes según el espíritu de Don Bosco, fue capaz de cultivar un espíritu de fortaleza y de fidelidad a Dios y a los hermanos que lo pusieron en condiciones, en el momento de la prueba, de resistir, primero a las situaciones de conflicto y luego a la prueba suprema del don de la vida.

Quisiera destacar el *testimonio de radicalidad evangélica* ofrecido por este hermano. De la reconstrucción del perfil biográfico de Stefano Sándor emerge un real y profundo camino de fe, iniciado desde su infancia y juventud, robustecido por la profesión religiosa salesiana y consolidado en la ejemplar vida de salesiano coadjutor. Se nota en particular una genuina vocación consagrada, animada según el espíritu de Don Bosco, por un intenso y fervoroso celo por la salvación de las almas, especialmente juveniles. Incluso los períodos más difíciles, como el servicio militar y la experiencia de la guerra, no mellaron el íntegro comportamiento moral y religioso del joven coadjutor. Es sobre tal base que Stefano Sándor sufrirá el martirio sin reconsideraciones o vacilaciones.

La beatificación de Stefano Sándor compromete a toda la Congregación en la *promoción de la vocación del salesiano coadjutor*, acogiendo su testimonio ejemplar e invocando en forma comunitaria su intercesión por esta intención. Como salesiano laico, logró dar buen ejemplo incluso a los sacerdotes, con su actividad en medio de los jóvenes y con su ejemplar vida religiosa. Es un modelo para los jóvenes consagrados, por la manera con la cual enfrentó las pruebas y las persecuciones sin aceptar compromisos. Las causas a las que se dedicó, la santificación del trabajo cristiano, el amor por la casa de Dios y la educación de la juventud, son todavía misión fundamental de la Iglesia y de nuestra Congregación.

Como educador ejemplar de los jóvenes, en particular de los aprendices y de los jóvenes trabajadores, y como animador del oratorio y de los grupos juveniles, nos es de ejemplo y de estímulo en nuestro compromiso de anunciar a los jóvenes el *Evangelio de la alegría a través de la pedagogía de la bondad*.

Venerable Francesco Convertin, pastor según el Corazón de Jesús

El venerable Don Francesco Convertini, salesiano misionero en la India, emerge como un pastor según el Corazón de Jesús, forjado por el Espíritu y totalmente fiel al proyecto divino sobre su vida. A través de los testimonios de quienes lo conocieron, se delinean su profunda humildad, la dedicación incondicional al anuncio del Evangelio y el ferviente amor por Dios y por el prójimo. Vivió con gozosa sencillez evangélica, afrontando fatigas y sacrificios con valentía y generosidad, siempre atento a quienquiera que encontrara en su camino. El texto destaca su extraordinaria humanidad y la riqueza espiritual, un don precioso para la Iglesia.

1. Agricultor en la viña del Señor

Presentar el perfil virtuoso del padre Francesco Convertini, misionero salesiano en la India, un hombre que se dejó modelar por el Espíritu y supo realizar su fisonomía espiritual según el designio de Dios sobre él, es algo hermoso y serio al mismo tiempo, porque recuerda el verdadero sentido de la vida, como respuesta a una llamada, a una promesa, a un proyecto de gracia.

Muy original es la síntesis esbozada sobre él por un sacerdote de su país, el padre Quirico Vasta, que conoció al padre Francesco en raras visitas a su querida tierra de Apulia. Este testimonio nos ofrece una síntesis del perfil virtuoso del gran misionero, introduciéndonos de forma autorizada y convincente a descubrir algo de la talla humana y religiosa de este hombre de Dios. El 'modo' de medir la estatura espiritual de este hombre santo, del P. Francesco Convertini, no es el analítico de comparar su vida con los muchos 'parámetros de conducta' religiosos (el P. Francesco, como salesiano, también aceptó los compromisos propios de un religioso: pobreza, obediencia, castidad, y permaneció fiel a ellos durante toda su vida). Por el contrario, el P. Francesco Convertini aparece, en síntesis, como fue realmente desde el principio: un joven campesino que, tras -y quizá a causa de- la fealdad de la guerra, se abre a la luz del Espíritu y, dejándolo todo, se pone en camino para seguir al Señor. Por una parte, sabe lo que deja atrás; y lo deja no sólo con el vigor típico del campesino del sur, pobre pero tenaz; sino también con alegría y con esa fuerza de espíritu tan personal que la guerra ha vigorizado: la de quien se propone perseguir de frente, aunque en silencio y en el fondo de su alma, aquello en lo que ha centrado su atención. Por otra parte, también como un campesino, que ha captado en algo o en alguien las "certezas" del futuro y el fundamento de sus esperanzas y sabe "en quién confía"; deja que la luz de quien le ha hablado le ponga en situación de claridad operativa. Y adopta inmediatamente las estrategias para alcanzar el objetivo: oración y disponibilidad sin medida, cueste lo que cueste. No es casualidad que las virtudes clave de este hombre santo sean: la acción silenciosa y sin clamores (cf. San Pablo: "Cuando soy débil es cuando soy fuerte") y un sentido muy respetuoso de los demás (cf. Hechos: "Hay más alegría en dar que en recibir").

Visto así, el P. Francesco Convertini es verdaderamente un hombre: tímido, inclinado a ocultar sus dones y méritos, reacio a la jactancia, suave con los demás y fuerte consigo

mismo, medido, equilibrado, prudente y fiel; un hombre de fe, esperanza y en comunión habitual con Dios; un religioso ejemplar, en obediencia, pobreza y castidad’.

2. Rasgos distintivos: “Emanaba de él un encanto que te curaba”

Recorriendo las etapas de su infancia y juventud, su preparación al sacerdocio y a la vida misionera, se pone de manifiesto el amor especial de Dios por su siervo y su correspondencia con este Padre bueno. En particular, destacan como rasgos distintivos de su fisonomía espiritual:

– Fe-confianza ilimitada en Dios, encarnada en el abandono filial a la voluntad divina.

Tenía gran fe en la infinita bondad y misericordia de Dios y en los grandes méritos de la pasión y muerte de Jesucristo, en quien todo lo confiaba y de quien todo lo esperaba. Sobre la roca firme de esta fe emprendió todas sus labores apostólicas. Frío o calor, lluvia tropical o sol abrasador, dificultad o fatiga, nada le impedía proceder siempre con confianza, cuando se trataba de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

– *Amor incondicional a Jesucristo Salvador, a quien ofrecía todo como sacrificio, comenzando por su propia vida, consignada a la causa del Reino.*

El Padre Convertini se regocijaba en la promesa del Salvador y se alegraba de la venida de Jesús, como Salvador universal y único mediador entre Dios y los hombres: “Jesús nos dio todo de sí mismo muriendo en la cruz, ¿y nosotros no seremos capaces de entregarnos completamente a Él?”

– *La salvación integral del prójimo, perseguida con una evangelización apasionada.*

Los abundantes frutos de su obra misionera se debieron a su oración incesante y a sus sacrificios sin escatimar esfuerzos por el prójimo. Son hombres y misioneros

de tal temperamento los que dejan una huella indeleble en la historia de las misiones, del carisma salesiano y del ministerio sacerdotal.

Incluso en contacto con hindúes y musulmanes, si por una parte le impulsaba un auténtico deseo de anunciar el Evangelio, que a menudo conducía a la fe cristiana, por otra se sentía obligado a subrayar aquellas verdades básicas fácilmente percibidas incluso por los no cristianos, como la infinita bondad de Dios, el amor al prójimo como camino de salvación y la oración como medio para obtener las gracias.

– La unión incesante con Dios a través de la oración, los sacramentos, la encomienda a María Madre de Dios y nuestra, el amor a la Iglesia y al Papa, la devoción a los santos.

Se sentía hijo de la Iglesia y la servía con corazón de auténtico discípulo de Jesús y misionero del Evangelio, encomendado al Corazón Inmaculado de María y en compañía de los santos sentidos como intercesores y amigos.

– Ascetismo evangélico sencillo y humilde en el seguimiento de la cruz, encarnado en una vida extraordinariamente ordinaria.

Su profunda humildad, pobreza evangélica (llevaba consigo lo indispensable) y semblante angelical transpiraban de toda su persona. Penitencia voluntaria, autocontrol: poco o ningún descanso, comidas irregulares. Se privaba de todo para dar a los pobres, incluso su ropa, zapatos, cama y comida. Dormía siempre en el suelo. Ayunaba durante mucho tiempo. Con el paso de los años, contrajo varias enfermedades que minaron su salud: padeció asma, bronquitis, enfisema, dolencias cardíacas... muchas veces le atacaron de tal manera que tuvo que guardar cama. Se maravillaba de cómo podía soportarlo todo sin quejarse. Fue precisamente esto lo que atrajo la veneración de los hindúes, para quienes era el "sanyasi", el que sabía renunciar a todo por amor a Dios y por su bien.

Su vida aparece como una ascensión lineal hacia

las cumbres de la santidad en el fiel cumplimiento de la voluntad de Dios y en la donación de sí mismo a sus hermanos, a través del ministerio sacerdotal vivido con fidelidad. Tanto laicos como religiosos y eclesiásticos hablan de su extraordinario modo de vivir la vida cotidiana.

3. Misionero del Evangelio de la alegría: “Les anuncié a Jesús. Jesús Salvador. Jesús misericordioso”

No había día en que no fuera a alguna familia para hablar de Jesús y del Evangelio. El padre Francisco tenía tal entusiasmo y celo que incluso esperaba cosas que parecían humanamente imposibles. El padre Francisco se hizo famoso como pacificador entre familias, o entre pueblos en discordia. «No es a través de discusiones como llegamos a comprender. Dios y Jesús están más allá de nuestras discusiones. Debemos sobre todo rezar y Dios nos dará el don de la fe. A través de la fe se encuentra al Señor. ¿No está escrito en la Biblia que Dios es amor? Por el camino del amor se llega a Dios».

Era un hombre pacificado interiormente y traía la paz. Quería que, entre las personas, en los hogares o en los pueblos, no hubiera peleas, ni riñas, ni divisiones. “En nuestro pueblo éramos católicos, protestantes, hindúes y musulmanes. Para que reinara la paz entre nosotros, de vez en cuando el padre nos reunía a todos y nos decía cómo podíamos y debíamos vivir en paz entre nosotros. Luego escuchaba a los que querían decir algo y al final, después de rezar, daba la bendición: una forma maravillosa de mantener la paz entre nosotros”. Tenía una paz de espíritu verdaderamente asombrosa; era la fuerza que le daba la certeza de hacer la voluntad de Dios, buscada con esfuerzo, pero luego abrazada con amor una vez encontrada.

Era un hombre que vivía con sencillez evangélica, con la transparencia de un niño, dispuesto a todo sacrificio, sabiendo sintonizar con cada persona que encontraba en su camino, viajando a caballo, o en bicicleta, o más a menudo caminando jornadas enteras con su mochila al hombro. Era de

todos, sin distinción de religión, casta o condición social. Era amado por todos, porque a todos llevaba "el agua de Jesús que salva".

4. Un hombre de fe contagiosa: labios en oración, rosario en las manos, ojos al cielo

Sabemos por él que nunca descuidaba la oración, tanto cuando estaba con los demás como cuando estaba solo, incluso como soldado. Esto le ayudó a hacer todo por Dios, especialmente cuando hizo la primera evangelización entre nosotros. Para él, no había hora fija: mañana o tarde, sol o lluvia; el calor o el frío no eran impedimentos cuando se trataba de hablar de Jesús o de hacer el bien. Cuando iba a los pueblos caminaba incluso de noche y sin tomar alimento para llegar a alguna casa o aldea a predicar el Evangelio. Incluso cuando fue colocado como confesor en Krishnagar, venía a confesarse con nosotros durante el sofocante calor de después de comer. Una vez le dije: "¿Por qué viene a esta hora?" Y él: "En la pasión, Jesús no eligió su hora conveniente cuando era conducido por Anás o Caifás o Pilato. Tuvo que hacerlo incluso contra su propia voluntad, para cumplir la voluntad del Padre".

No evangelizó por proselitismo, sino por atracción. Era su comportamiento lo que atraía a la gente. Su entrega y su amor hacían que la gente dijera que el padre Francisco era la verdadera imagen del Jesús que predicaba. Su amor a Dios le llevaba a buscar la unión íntima con Él, a recogerse en oración, a evitar todo lo que pudiera desagradar a Dios. Sabía que sólo se conoce a Dios a través de la caridad. Decía: 'Ama a Dios, no le desagrades'».

Si hubo un sacramento en el que el padre Francisco sobresalió heroicamente, fue en la administración del sacramento de la Reconciliación. Para cualquier persona de nuestra diócesis de Krishnagar decir Padre Francisco es decir el hombre de Dios que mostró la paternidad del Padre en el perdón, especialmente en el confesionario. Los últimos 40 años

de su vida los pasó más en el confesionario que en cualquier otro ministerio: horas y horas, especialmente en la preparación de fiestas y solemnidades. Así toda la noche de Navidad y Pascua o fiestas patronales. Siempre estaba puntualmente presente en el confesionario todos los días, pero sobre todo los domingos antes de las misas o las vísperas de las fiestas y los sábados. Después acudía a otros lugares donde era confesor habitual. Esta era una tarea muy querida para él y muy esperada por todos los religiosos de la diócesis, a los que acudía semanalmente. Su confesionario era siempre el más concurrido y deseado. Sacerdotes, religiosos, gente corriente: parecía como si el padre Francisco conociera personalmente a todo el mundo, tan pertinente era en sus consejos y amonestaciones. Yo mismo me maravillaba de la sabiduría de sus advertencias cuando me confesaba con él. De hecho, el siervo de Dios fue mi confesor durante toda su vida, desde que era misionero en las aldeas hasta el final de sus días. Yo solía decirme: "Eso es justo lo que quería oír de él...". Monseñor Morrow, que se confesaba regularmente con él, lo consideraba su guía espiritual, afirmando que el padre Francisco era guiado por el Espíritu Santo en sus consejos y que su santidad personal compensaba su falta de dones naturales.

La confianza en la misericordia de Dios era un tema casi recurrente en sus conversaciones, y lo utilizaba bien como confesor. Su ministerio confesional era un ministerio de esperanza para sí mismo y para los que se confesaban con él. Sus palabras inspiraban esperanza a todos los que acudían a él. «En el confesionario, el siervo de Dios era el sacerdote modelo, famoso por administrar este sacramento. El siervo de Dios estaba siempre enseñando, tratando de conducir a todos a la salvación eterna... Al siervo de Dios le gustaba dirigir sus oraciones al Padre que está en los cielos, y también enseñaba a la gente a ver en Dios al Padre bueno. Especialmente a los que tenían dificultades, incluso espirituales, y a los pecadores arrepentidos, les

recordaba que Dios es misericordioso y que siempre hay que confiar en Él. El siervo de Dios aumentó sus oraciones y mortificaciones para descontar sus infidelidades, como dijo, “y por los pecados del mundo”.

Elocuentes fueron las palabras del padre Rosario Stroschio, superior religioso, que concluía así el anuncio de la muerte del padre Francesco: «Quienes conocieron al padre Francesco recordarán siempre con cariño las pequeñas advertencias y exhortaciones que solía hacer en confesión. Con su vocecita tan débil, pero tan llena de ardor: ‘Amemos a las almas, trabajemos sólo por las almas... Acerquémonos a la gente... Tratemos con ellos de tal manera que la gente entienda que les amamos...». Toda su vida fue un magnífico testimonio de la técnica más fecunda del ministerio sacerdotal y de la labor misionera. Podemos resumirla en la sencilla expresión: «¡Para ganar almas para Cristo no hay medio más poderoso que la bondad y el amor!»».

5. Amó a Dios y amó al prójimo por amor de Dios: ¡Pon amor! ¡Pon amor!

A Ciccilluzzo, un nombre de familia, que ayudaba en el campo cuidando pavos y haciendo otros trabajos propios de su corta edad, su madre Catalina solía repetirle: “¡Pon amor! ¡Pon amor!”

“El padre Francisco lo daba todo a Dios, porque estaba convencido de que habiéndoselo consagrado todo como religioso y sacerdote misionero, Dios tenía pleno derecho sobre él. Cuando le preguntamos por qué no volvía a casa (a Italia), nos contestó que ahora se había entregado enteramente a Dios y a nosotros”. Su ser sacerdote era todo para los demás: “Soy sacerdote para el bien de mi prójimo. Este es mi primer deber”. Se sentía deudor de Dios en todo, es más, todo pertenecía a Dios y al prójimo, mientras que él se había entregado totalmente, sin reservarse nada para sí mismo: el padre Francisco agradecía continuamente al Señor por haberle elegido para ser sacerdote misionero. Demostró este sentido de

gratitud hacia todos los que habían hecho algo por él, incluso los más pobres.

Dio ejemplos extraordinarios de fortaleza adaptándose a las condiciones de vida de la obra misionera que se le asignó: una lengua nueva y difícil, que intentó aprender bastante bien, porque era la manera de comunicarse con su pueblo; un clima muy duro, el de Bengala, tumba de tantos misioneros, que aprendió a soportar por amor a Dios y a las almas; viajes apostólicos a pie por zonas desconocidas, con el riesgo de encontrarse con animales salvajes.

Fue un misionero y evangelizador incansable en una zona muy difícil como Krishnagar -que quiso transformar en Crist-nagar, la ciudad de Cristo-, donde las conversiones eran difíciles, por no hablar de la oposición de protestantes y miembros de otras religiones. Para administrar los sacramentos se enfrentaba a todos los peligros posibles: lluvia, hambre, enfermedades, bestias salvajes, gente malintencionada. He oído a menudo el episodio del padre Francisco, que una noche, mientras llevaba el Santísimo Sacramento a un enfermo, se encontró con un tigre agazapado en el camino por donde él y sus compañeros tenían que pasar... Como los compañeros intentaban huir, el siervo de Dios ordenó al tigre: "¡Deja pasar a tu Señor!"; y el tigre se alejó. He oído otros ejemplos similares sobre el siervo de Dios, que muchas veces viajaba a pie de noche. Una vez le atacó una banda de bandidos, creyendo que obtendrían algo de él. Pero cuando le vieron así desprovisto de todo, excepto de lo que llevaba, se excusaron y le acompañaron hasta la siguiente aldea".

Su vida de misionero fue un constante viajar: en bicicleta, a caballo y la mayor parte del tiempo a pie. Este caminar a pie es quizá la actitud que mejor retrata al misionero incansable y el signo del auténtico evangelizador: "¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero de buenas nuevas que anuncia la paz, del mensajero de bienes que anuncia la salvación!" (Is 52,7)

6. Ojos claros vueltos al cielo

“Observando el rostro sonriente del siervo de Dios y mirando sus ojos claros y vueltos al cielo, uno pensaba que no era de aquí, sino del cielo”. Al verle, desde la primera vez, muchos referían una impresión inolvidable de él: sus ojos brillantes que mostraban un rostro lleno de sencillez e inocencia y su larga y venerable barba recordaban la imagen de una persona llena de bondad y compasión. Un testigo declaró: “El padre Francisco era un santo. No sé emitir un juicio, pero creo que no se encuentran personas así. Éramos pequeños, pero hablaba con nosotros, nunca despreció a nadie. No hacía diferencias entre musulmanes y cristianos. Padre se dirigía a todos por igual y cuando estábamos juntos nos trataba a todos por igual. Nos daba consejos de niños: “Obedeced a vuestros padres, haced bien los deberes, quereos como hermanos. Luego nos daba pequeños caramelos: en sus bolsillos siempre había algo para nosotros”.

El padre Francisco manifestaba su amor a Dios sobre todo a través de la oración, que parecía ininterrumpida. Siempre se le veía mover los labios en oración. Incluso cuando hablaba con la gente, mantenía siempre la mirada alta, como si estuviera viendo a su interlocutor. Lo que más impresionaba a la gente era la capacidad del Padre Convertini de estar totalmente centrado en Dios y, al mismo tiempo, en la persona que tenía delante, mirando con ojos sinceros al hermano que encontraba en su camino: “Tenía, sin ninguna duda, la mirada fija en el rostro de Dios. Era un rasgo indeleble de su alma, una concentración espiritual de un nivel impresionante. Te seguía con atención y te respondía con gran precisión cuando le hablabas. Sin embargo, sentías que estaba “en otra parte”, en otra dimensión, en diálogo con el Otro”.

A la conquista de la santidad animaba a los demás, como en el caso de su primo Lino Palmisano, que se preparaba para el sacerdocio: “Me alegra mucho saber que ya te estás formando; esto también pasará pronto, si sabes aprovechar las

gracias del Señor que Él te dará cada día, para transformarte en un santo cristiano de buen sentido. Te esperan los estudios más satisfactorios de teología, que alimentarán tu alma con el Espíritu de Dios, que te ha llamado a ayudar a Jesús en su apostolado. No pienses en los demás, sino sólo en ti, en cómo llegar a ser un santo sacerdote como Don Bosco. Don Bosco también dijo en su tiempo: los tiempos son difíciles, pero nosotros puf, puf, seguiremos adelante incluso a contracorriente. Era la madre celestial que le decía: *infirmi mundi elegit Deus*. No te preocupes, yo te ayudaré. Querido hermano, el corazón, el alma de un santo sacerdote a los ojos del Señor vale más que todos los miembros, se acerca el día de tu sacrificio junto con el de Jesús en el altar, prepárate. Nunca te arrepentirás de ser generoso con Jesús y con tus Superiores. Confía en ellos, te ayudarán a superar las pequeñas dificultades del día que tu alma bella pueda encontrar. Me acordaré de ti en la Santa Misa de cada día, para que también tú puedas un día ofrecerte enteramente al Buen Dios».

Conclusión

Como al principio, así también al final de este breve excursus sobre el perfil virtuoso del Padre Convertini, he aquí un testimonio que resume lo que se ha presentado.

“Una de las figuras pioneras que me impresionó profundamente fue la del Venerable Padre Francesco Convertini, celoso apóstol del amor cristiano, que supo llevar la noticia de la Redención a las iglesias, a las zonas parroquiales, a los callejones y chozas de los refugiados y a todo aquel que encontraba, consolando, aconsejando, ayudando con su exquisita caridad: un verdadero testigo de las obras de misericordia corporales y espirituales, por las que seremos juzgados: siempre dispuesto y celoso en el ministerio del sacramento del perdón. Cristianos de todas las confesiones, musulmanes e hindúes, acogieron con alegría y prontitud al que llamaban el hombre de Dios. Supo llevar a cada uno el verdadero mensaje de amor, que Jesús predicó y trajo a esta tierra: con el contacto

evangélico directo y personal, para jóvenes y mayores, niños y niñas, pobres y ricos, autoridades y parias (marginados), es decir, el último y más despreciado peldaño del desecho (sub)humano. Para mí y para muchos otros, fue una experiencia estremecedora que me ayudó a comprender y vivir el mensaje de Jesús: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”.

La última palabra corresponde al Padre Francisco, como legado que nos deja a cada uno de nosotros. El 24 de septiembre de 1973, escribiendo a sus parientes de Krishnagar, el misionero quiere implicarlos en la obra en favor de los no cristianos que realiza con dificultad desde su última enfermedad, pero siempre con celo: “Después de seis meses en el hospital, mi salud está un poco débil, me siento como una piñata rota y remendada. Sin embargo, Jesús misericordioso me ayuda milagrosamente en su trabajo por las almas. Dejo que me lleve a la ciudad y vuelvo a pie, después de dar a conocer a Jesús y nuestra santa religión. Terminadas mis confesiones en casa, voy entre los paganos, que son mucho mejores que algunos cristianos. Afectuosamente suyo en el Corazón de Jesús, Sacerdote Francesco”.

Santidad salesiana 2024

Cada año, el postulador para las causas de los santos de la Congregación Salesiana, don Pierluigi Cameroni, publica el “Dossier Postulación General Salesianos de Don Bosco – 2024”, que presenta la lista actualizada de los santos y beatos correspondientes al año que acaba de pasar. En esta edición, además de la lista actualizada, encontramos también el nuevo [cartel](#) dedicado a estos testigos de la fe salesiana. Les proponemos una panorámica de los nombres incluidos en el dossier y de las principales actividades de la Postulación

previstas para 2024, para continuar difundiendo el espíritu de Don Bosco y la devoción hacia sus santos y beatos.

«No olvidemos que son precisamente los santos los que impulsan y hacen crecer a la Iglesia»

(Papa Francisco).

«De ahora en adelante, que sea nuestro lema: que la santidad de los hijos sea prueba de la santidad del padre».

(Don Rúa)

Es necesario expresar una profunda gratitud y alabanza a Dios por la santidad ya reconocida en la Familia Salesiana de Don Bosco y por la que está en proceso de reconocimiento. El resultado de una Causa de Beatificación y Canonización es un acontecimiento de extraordinaria importancia y valor eclesial. De hecho, se trata de discernir la fama de santidad de un bautizado, que ha vivido las bienaventuranzas del Evangelio en grado heroico o que ha dado su vida por Cristo.

Desde Don Bosco hasta nuestros días se atestigua una tradición de santidad a la que hay que prestar atención, porque es la encarnación del carisma que nació de él y que se expresó en una pluralidad de estados de vida y de formas. Se trata de hombres y mujeres, jóvenes y adultos, consagrados y laicos, obispos y misioneros que, en contextos históricos, culturales y sociales diferentes en el tiempo y en el espacio, han hecho brillar con una luz singular el carisma salesiano, representando un patrimonio que desempeña un papel eficaz en la vida y en la comunidad de los creyentes y para las personas de buena voluntad.

1. Lista a 31 de diciembre de 2024

Nuestra Postulación involucra a 179 Santos, Beatos, Venerables, Siervos de Dios.

Las Causas seguidas directamente por la Postulación son 61 (+ 5 extra).

SANTOS (10)

San Juan Bosco, presbítero (fecha de canonización: 1 de abril de 1934) – (Italia)

San José Cafasso, presbítero (22 de junio de 1947) – (Italia)

Santa María D. Mazzarello, virgen (24 de junio de 1951) – (Italia)

Santo Domingo Savio, adolescente (12 de junio de 1954) – (Italia)

San Leonardo Murialdo, presbítero (3 de mayo de 1970) – (Italia)

San Luigi Versiglia, obispo, mártir (1 de octubre de 2000) – (Italia – China)

San Calixto Caravario, presbítero, mártir (1 de octubre de 2000) – (Italia – China)

San Luigi Orione, presbítero (16 de mayo de 2004) – (Italia)

San Luigi Guanella, presbítero (23 de octubre de 2011) – (Italia)

San Artémides Zatti, religioso (9 de octubre de 2022) – (Italia – Argentina)

BEATOS (117)

Beato Miguel Rúa, presbítero (fecha de beatificación: 29 de octubre de 1972) – (Italia)

Beata Laura Vicuña, adolescente (3 de septiembre de 1988) – (Chile – Argentina)

Beato Filippo Rinaldi, presbítero (29 de abril de 1990) – (Italia)

Beata Magdalena Morano, virgen (5 de noviembre de 1994) – (Italia)

Beato José Kowalski, sacerdote, mártir (13 de junio de 1999) – (Polonia)

Beato Francisco Kęsy, laico, y 4 compañeros mártires (13 de junio de 1999) – (Polonia)

Czesław Józwiak, laico

Edward Kaz mierski, laico

Clínica Edward, laico

Jarogniew Wojciechowski, laico

Beato Pío IX, Papa (3 de septiembre de 2000) – (Italia)

Beato José de Calasanz, presbítero, y 31 compañeros mártires
(11 de marzo de 2001) – (España)

Antonio María Martín Hernández, sacerdote

Recaredo de los Ríos Fabregat, sacerdote

Julián Rodríguez Sánchez, sacerdote

José Jiménez López, sacerdote

Agustín García Calvo, coadjutor

Juan Martorell Soria, sacerdote

Santiago Buch Canal, coadjutor

Pedro Mesonero Rodríguez, clérigo

José Otín Aquilué, sacerdote

Álvaro Sanjuán Canet, sacerdote

Francisco Bandrés Sánchez, sacerdote

Sergio Cid Pazo, sacerdote

José Batalla Parramó, sacerdote

José Rabasa Bentanachs, coadjutor

Gil Rodicio Rodicio, coadjutor

Ángel Ramos Velázquez, coadjutor

Felipe Hernández Martínez, clérigo

Zacarias Abadía Buesa, clérigo

Santiago Ortiz Alzueta, coadjutor

Saverio Bordas Piferrer, clérigo

Feliz Vivet Trabal, clérigo

Miguel Domingo Cendra, clérigo

José Caselles Moncho, sacerdote

José Castell Camps, presbítero

José Bonet Nadal, sacerdote

Santiago Bonet Nadal, sacerdote

Alejandro Planas Saurí, colaborador laico

Eliseo García García, coadjutor

Julio Junyer Padern, sacerdote

María Carmen Moreno Benítez, vírgen

María Amparo Carbonell Muñoz, vírgen

Beato Luigi Variara, presbítero (14 de abril de 2002) –
(Italia – Colombia)

Beata María Romero Meneses, vírgen (14 de abril de 2002) –

(Nicaragua – Costa Rica)

Beato Augusto Czartoryski, presbítero (25 de abril de 2004) –
(Francia – Polonia)

Beata Eusebia Palomino, virgen (25 de abril de 2004) –
(España)

Beata Alejandrina M. Da Costa, laica (25 de abril de 2004) –
(Portugal)

Beato Alberto Marvelli, laico (5 de septiembre de 2004) –
(Italia)

Beato Bronislao Markiewicz, presbítero (19 de junio de 2005) –
(Polonia)

Beato Henry Saiz Aparicio, presbítero y 62 compañeros mártires
(28 de octubre de 2007) – (España)

Feliz González Tejedor, sacerdote

Juan Codera Marqués, coadjutor

Virgilio Edreira Mosquera, clérigo

Paolo Gracia Sánchez, coadjutor

Carmelo Giovanni Pérez Rodríguez, suddiácono

Teodulo González Fernández, clérigo

Tomas Gil de la Cal, aspirante

Federico Cobo Sanz, aspirante

Igino de Mata Díez, aspirante

Justo Juanes Santos, clérigo

Victoriano Fernández Reinoso, clérigo

Emilio Arce Díez, coadjutor

Raimondo Eirín Mayo, coadjutor

Mateo Garolera Masferrer, coadjutor

Anastasio Garzón González, coadjutor

Francisco Giuseppe Martín López de Arroyave,
coadjutor

Juan de Mata Díez, colaborador laico

Pío Conde Conde, presbítero

Sabino Hernández Laso, sacerdote

Salvador Fernández Pérez, sacerdote

Nicolas de la Torre Merino, coadjutor

German Martín Martín, sacerdote

José Villanova Tormo, sacerdote

Estéfano Cobo Sanz, clérigo
Francisco Edreira Mosquera, clérigo
Emanuel Martín Pérez, clérigo
Valentín Gil Arribas, coadjutor
Pedro Artolozaga Mellique, clérigo
Emanuel Borrajo Míguez, chierico
Dionisio Ullívarri Barajuán, coadjutor
Miguel Lasaga Carazo, sacerdote
Luis Martínez Alvarellos, clérigo
Juan Larragueta Garay, clérigo
Florencio Rodríguez Güemes, clérigo
Pasqual de Castro Herrera, clérigo
Estéfano Vázquez Alonso, coadiutor
Eliodoro Ramos García, coadjutor
José María Celaya Badiola, coadjutor
Andrés Jiménez Galera, sacerdote
Andrés Gómez Sáez, sacerdote
Antonio Cid Rodríguez, coadiutor
Antonio Torrero Luque, sacerdote
Antonio Enrique Canut Isús, sacerdote
Miguel Molina de la Torre, sacerdote
Paulo Caballero López, sacerdote
Honorio Hernández Martín, clérigo
Juan Louis Hernández Medina, clérigo
Antonio Mohedano Larriva, sacerdote
Antonio Fernández Camacho, sacerdote
José Limón Limón, sacerdote
José Blanco Salgado, coadjutor
Francisco Míguez Fernández, sacerdote
Emanuel Fernández Ferro, sacerdote
Feliz Paco Escartín, sacerdote
Tomás Alonso Sanjuán, coadiutore
Emanuel Gómez Contioso, sacerdote
Antonio Pancorbo López, sacerdote
Estéfano García García, coadiutore
Rafael Rodríguez Mesa, Coadjutor
Antonio Rodríguez Blanco, sacerdote diocesano

Bartolome Blanco Márquez, laico

Teresa Cejudo Redondo, laica

beato Zeffirino Namuncurá, laico (11 novembre 2007) – (Argentina – Italia)

Beata María Troncatti, virgen (24 de noviembre de 2012) – (Italia – Ecuador)

*Decreto sobre el milagro: 25 de noviembre de 2024
¿Canonización el 7 de septiembre de 2025?*

Beato Esteban Sándor, religioso, mártir (19 de octubre de 2013) – (Hungria)

Beato Tito Zeman, sacerdote, mártir (30 de septiembre de 2017) – (Eslovaquia).

VENERABLES (20)

Ven. Andrea Beltrami, sacerdote, (fecha del Decreto super virtutibus: 15 de diciembre de 1966) – (Italia)

Ven. Teresa Valsè Pantellini, virgen (12 de julio de 1982) – (Italia)

Ven. Dorotea Chopitea, laica (9 de junio de 1983) – (España)

Ven. Vincenzo Cimatti, sacerdote (21 de diciembre de 1991) – (Italia – Japón)

Ven. Simone Srugi, religioso (2 de abril de 1993) – (Palestina)

Ven. Rodolfo Komorek, sacerdote (6 de abril de 1995) – (Polonia – Brasile)

Ven. Luigi Olivares, obispo (20 de diciembre de 2004) – (Italia)

Ven. Margherita Occhiena, laica (23 de octubre de 2006) – (Italia)

Ven. Giuseppe Quadrio, sacerdote (19 de diciembre de 2009) – (Italia)

Ven. Laura Meozzi, virgen (27 de junio de 2011) – (Italia – Polonia)

Ven. Attilio Giordani, laico (9 de octubre de 2013) – (Italia – Brasil)

Ven. Joseph Augustus Arribat, presbítero (8 de julio de 2014) – (Francia)

Ven. Stefano Ferrando, obispo (3 de marzo de 2016) – (Italia – India)

Ven. Francesco Convertini, sacerdote (20 de enero de 2017) – (Italia – India)

Ven. Joseph Vandor, sacerdote (20 de enero – 2017) – (Hungría – Cuba)

Ven. Octavio Ortiz Arrieta Coya, obispo (27 de febrero de 2017) – (Perú)

Ven. Augusto Hlond, cardenal (19 de mayo de 2018) – (Polonia)

Ven. Ignazio Stuchly, sacerdote (21 de diciembre de 2020) – (República Checa)

Ven. Carlo Crespi Croci, sacerdote (23 de marzo de 2023) – (Italia – Ecuador)

Ven. Antonio De Almeida Lustosa, obispo (22 de junio de 2023) – (Brasil)

SIERVOS DE DIOS (27)

Las causas se enumeran de acuerdo con el progreso

Positio examinada por cardenales y obispos

Elia Comini, sacerdote (Italia) mártir

Peculiar Congreso de Teólogos: 5 de mayo de 2022

Peculiar Congreso de Teólogos: 11 de abril de 2024

Sesión ordinaria de cardenales y obispos: 10 de diciembre de 2024

Decreto sobre el martirio: 18 de diciembre de 2024

Positio examinada por los teólogos

Juan Świerc, sacerdote y 8 compañeros, mártires (Polonia)

Ignacio Dobiasz, sacerdote

Francis Harazim, sacerdote

Casimiro Wojciechowski, sacerdote

Ignazio Antonowicz, sacerdote

Lodovico Mroczek, sacerdote

Carlo Golda, sacerdote

Vladimiro Ojos, sacerdote

Francesco Miśka, sacerdote

Fecha de entrega: 21 de julio de 2022

Peculiar congreso histórico. 28 de marzo de 2023

Sesión ordinaria del Cardenal y los Obispos: junio de 2025

Positio entregada

Costantino Vendrame, sacerdote (Italia – India)

Decreto de validez de la Investigación Diocesana: 1 de febrero de 2013

Fecha de entrega: 19 de septiembre de 2023

Peculiar Congreso de Teólogos: 23 de enero de 2025

Oreste Marengo, obispo (Italia – India)

Decreto de validez de la Investigación Diocesana: 6 de diciembre de 2013

Cargo entregado: 28 de mayo de 2024

Congreso de Teólogos Peculiares: septiembre-octubre de 2025

Rodolfo Lunkenbein, sacerdote (Alemania – Brasil) y *Simão Bororo*, laico (Brasil), mártires

Decreto de validez de la Investigación Diocesana: 16 de diciembre de 2020

Fecha de entrega: 28 de noviembre de 2024

Congreso de Teólogos Peculiares: septiembre-octubre de 2025

La redacción de la Positio está en marcha

Andrea Majcen, sacerdote (Slovenia – Cina – Vietnam)

Decreto de validez de la Investigación Diocesana: 23 de octubre de 2020

Vera Grita, laica (Italia)

Decreto de validez de la Investigación Diocesana: 14 de diciembre de 2022

Cognata Giuseppe, obispo (Italia)

Decreto de validez de la Investigación Diocesana: 11 de enero de 2023

Carlo Della Torre, sacerdote (Italia – Tailandia)

Decreto de validez de la Investigación Diocesana: 1 de abril

de 2016

Silvio Galli, presbítero (Italia)

Decreto de validez de la Investigación Diocesana: 19 de octubre de 2022

Akash Bashir, Laico, mártir (Pakistán)

Decreto de validez de la Investigación Diocesana: 24 de octubre de 2024

A la espera de la validez de la investigación diocesana

Antonietta Böhm, virgen (Alemania – México)

Apertura de la investigación diocesana: 7 de mayo de 2017

Investigación diocesana cerrada: 28 de abril de 2024

Validez de la investigación diocesana

Antonino Baglieri, laico (Italia)

Apertura de la investigación diocesana: 2 de marzo de 2014

Clausura de la investigación diocesana. 5 de mayo de 2024

Validez de la investigación diocesana

Causa detenida temporalmente

Anna Maria Lozano, virgen (Colombia)

Clausura de la investigación diocesana: 19 de junio de 2014

La investigación diocesana está en marcha

Luigi Bolla, sacerdote (Italia – Ecuador – Perú)

Apertura de la investigación diocesana: 27 de septiembre de 2021

Clausura de la investigación diocesana

Rosetta Marchese, virgen (Italia)

Apertura de la investigación diocesana: 30 de abril de 2021

Clausura de la investigación diocesana

Matilde Salem, laica (Siria)

Apertura de la investigación diocesana: 20 de octubre de 1995

Carlo Braga, sacerdote (Italia – China – Filipinas)

Apertura de la investigación diocesana: 30 de enero de 2014

Causas adicionales seguidas de postulación (5)

Venerabile COSTA DE BEAUREGARD CAMILLO, sacerdote (Francia)

El Decreto Súper virtubus: 22 de enero de 1991

Consulta médica Súper Miró: 30 de marzo de 2023

Peculiar Congreso de Teólogos: 19 de octubre de 2023

Sesión Ordinaria de Cardenales y Obispos: 20 de febrero de 2024

Beatificación: 17 de mayo de 2025

Venerable BARELLO MORELLO CASIMIRO, Terciario franciscano (Italia – España)

El Decreto Súper virtubus: 1º de julio de 2000

Venerable TYRANOWSKI GIOVANNI, laico (Polonia)

El Decreto Súper Virtubus: 20 de enero de 2017

Venerable BERTAZZONI AUGUSTO, obispo (Italia)

El Decreto Súper virtubus: 2 de octubre de 2019

Venerable CANELLI FELICE, presbítero (Italia)

El Decreto Súper Virtubus: 22 de mayo de 2021

También hay que recordar a los santos, beatos, venerables y siervos de Dios que en diferentes momentos y de diferentes maneras se han encontrado con el carisma salesiano como: el beato Edvige Carboni, el siervo de Dios cardenal Giuseppe Guarino, fundador de los Apóstoles de la Sagrada Familia, el siervo de Dios Salvo d'Acquisto, exalumno y muchos otros.

2. EVENTOS DE 2024

El martes 16 de enero de 2024 tuvo lugar en la capilla de la Fundación Bocage de Chambéry la sesión de apertura para el **reconocimiento canónico y el tratamiento de conservación de los restos mortales del Venerable Camille Costa de Beauregard (1841-1910)**, sacerdote diocesano.

El 27 de febrero de 2024, en la **Sesión Ordinaria de los**

Cardenales y Obispos del Dicasterio para las Causas de los Santos, se votó a favor (7 de 7) el supuesto milagro atribuido a la intercesión del **Venerable Camille Costa de Beauregard**, sacerdote diocesano (1841-1910), ocurrido al niño René Jacquemond, para la curación de «una intensa queratoconjuntivitis con rechinamiento de la córnea, fuerte inyección periquerataria, enrojecimiento e inyección de la conjuntiva, fotofobia y lagrimeo del ojo derecho debido a un traumatismo violento por el agente planta-bardana» (1910).

El 7 de marzo de 2024, el **Consejo Médico Asesor del Dicasterio para las Causas de los Santos** emitió una opinión positiva, con todos los votos afirmativos, sobre el **supuesto milagro atribuido a la intercesión de la Beata María Troncatti**, Hija de María Auxiliadora (1883-1969), por «traumatismo cerebral abierto con fractura conminuta de cráneo, exposición de tejido cerebral en la zona fronto-parieto-temporal derecha y estado de coma (G6)» (2015).

El 14 de marzo de 2024, el Sumo Pontífice autorizó al mismo Dicasterio a **promulgar el Decreto sobre el milagro** atribuido a la intercesión del **Venerable Siervo de Dios Camillo Costa de Beauregard**, sacerdote diocesano, nacido en Chambéry (Francia) el 17 de febrero de 1841 y fallecido allí el 25 de marzo 1910. El milagro, ocurrido en 1910, se refiere al niño René Jacquemond, curado de «Queratoconjuntivitis intensa con rechinamiento de la córnea, fuerte inyección periquerataria, enrojecimiento e inyección de la conjuntiva, fotofobia y lagrimeo del ojo derecho debido a un traumatismo violento por el agente planta-bardana» (1910).

El 15 de marzo de 2024 se cerró en Lahore (Pakistán) la **investigación diocesana** sobre la causa de beatificación y canonización de **Akash Bashir** (1994-2015), laico, antiguo alumno de Don Bosco, asesinado por odio a la fe. Es la primera causa de beatificación en Pakistán.

El 11 de abril de 2024, durante el **Congreso especial de**

Consultores Teológicos en el Dicasterio para las Causas de los Santos, se expresó una opinión positiva sobre la *Positio super martyrio* del **Siervo Elia Comini**, sacerdote profeso de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco (1910-1944), asesinado por odio a la fe en la masacre nazi de Monte Sole el 1 de octubre de 1944.

El 28 de abril de 2024 en Cuautitlán (México) **se clausuró la Investigación Diocesana** de la Causa de la Sierva de Dios **Antonietta Böhm** (1907-2008), Hija de María Auxiliadora.

El 5 de mayo de 2024 en Modica (Ragusa) **se clausuró la Investigación Diocesana del Siervo de Dios Antonino Baglieri** (1951-2007), Laico, Voluntario de Don Bosco.

El 28 de mayo de 2024, el **Peculiar Congreso de Teólogos del Dicasterio para las Causas de los Santos** dio voto positivo al **supuesto milagro atribuido a la intercesión de la Beata María Troncatti**, Hija de María Auxiliadora (1883-1969), por «traumatismo craneoencefálico abierto con fractura conminuta de cráneo, exposición de tejido cerebral en la zona fronto-parieto-temporal derecha y estado de coma (G6)» (2015).

El 31 de mayo de 2024 se entregó al Dicasterio para las Causas de los Santos en el Vaticano el volumen de la **Positio super Vita, Virtutibus et Fama Sanctitatis** del Siervo de Dios **Oreste Marengo** (1906-1998), obispo misionero salesiano en el noreste de la India.

El martes 4 de junio de 2024, en la comunidad «Ceferino Namuncurà» de Roma, **se inauguró y bendijo los nuevos locales de la Postulación General Salesiana por parte del Rector Mayor, Cardenal Ángel Fernández Artime.**

El 24 de noviembre de 2024, el Dicasterio para las Causas de los Santos en el Congreso Ordinario dio **validez legal a la Investigación Diocesana para la Causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Akash Bashir** (Risalpur 22 de junio de 1994 – Lahore 15 de marzo de 2015) Laico, Exalumno de

Don Bosco.

El 19 de noviembre de 2024, en la **Sesión Ordinaria de los Cardenales y Obispos** del Dicasterio para las Causas de los Santos, **se votó a favor del supuesto milagro** atribuido a la intercesión de la **Beata María Troncatti**, religiosa profesa de la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora (1883-1969), ocurrido milagrosamente curado por un Señor de un «Traumatismo craneo-encefálico abierto con fractura conminuta de cráneo, pérdida de sustancia encefálica y exposición de tejido encefálico en el área fronto-parieto-temporal derecha, daño axonal difuso (DAI), coma severo evolucionado en estado vegetativo tipo 2», ocurrido en 2015 en Ecuador.

El 25 de noviembre de 2024, el Santo Padre autorizó al mismo Dicasterio a promulgar el Decreto sobre **el milagro atribuido a la intercesión de la beata María Troncatti**, monja profesa de la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, nacida en Córteno Golgi (Italia) el 16 de febrero de 1883 y fallecida en Sucúa (Ecuador) el 25 de agosto de 1969.

El 28 de noviembre de 2024 se entregó al Dicasterio para las Causas de los Santos en el Vaticano el volumen de la **Positio super martyrio de los Siervos de Dios Rodolfo Lunkenbein, Sacerdote Profeso de la Sociedad de San Francisco de Sales y Simão Bororo, Laico, asesinados por odio a la fe el 15 de julio de 1976.**

El martes 3 de diciembre de 2024, los **Consultores Teológicos** del Dicasterio para las Causas de los Santos, durante el Congreso Peculiar, **respondieron afirmativamente sobre la Positio super martyrio de los Siervos de Dios Juan Świerc y VIII Compañeros**, Sacerdotes Profesos de la Sociedad de San Francisco de Sales, asesinados in *odium fidei* en los campos de exterminio nazis en los años 1941-1942.

El martes 10 de diciembre de 2024, durante la **Sesión Ordinaria de Cardenales y Obispos** en el Dicasterio para las Causas de

los Santos, se expresó una opinión positiva sobre la **Positio super martyrio del Siervo Elia Comini**, Sacerdote Profeso de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco (1910-1944), asesinado por odio a la fe en la masacre nazi de Monte Sole el 1 de octubre de 1944.

El miércoles 18 de diciembre de 2024, el **Santo Padre Francisco autorizó** al Dicasterio para las Causas de los Santos a promulgar el **Decreto relativo al martirio del Siervo de Dios Elia Comini**, sacerdote profeso de la Sociedad de San Francisco de Sales; nacido el 7 de mayo de 1910 en Calvenzano di Vergato (Italia, Bologna) y asesinado, por odio a la Fe, en Pioppe di Salvaro (Italia, Bologna) el 1 de octubre de 1944.

Beato Luigi Variara: 150° de su nacimiento

Este año se conmemora el 150° aniversario del nacimiento del Beato Luigi Variara, figura extraordinaria de sacerdote y misionero salesiano. Nacido el 15 de enero de 1875 en Viarigi, en la provincia de Asti, Luigi creció en un ambiente rico en fe, cultura y amor fraterno, que forjó su carácter y lo preparó para la extraordinaria misión que lo llevaría a servir a los más necesitados en Colombia. Desde su infancia en el Monferrato, en una familia marcada por la influencia espiritual de Don Bosco, hasta su vocación misionera desarrollada en Valdocco, la vida del Beato Variara representa un ejemplo luminoso de dedicación al prójimo y fidelidad a Dios. Recordemos los momentos destacados de su infancia y formación, ofreciendo una mirada a la extraordinaria herencia espiritual y humana que nos dejó.

De Viarigi a Agua de Dios

Luigi Variara nace en Viarigi, en la provincia de Asti, el 15 de enero de 1875, hace 150 años, en una familia profundamente cristiana. Su padre, Pietro, había escuchado a Don Bosco en 1856, cuando llegó al pueblo para predicar una misión. Cuando nació Luigi, su padre Pietro tenía cuarenta y dos años y estaba casado en segundas nupcias con Livia Bussa. Pietro había obtenido el diploma de maestro, amaba la música y el canto, y animaba las funciones parroquiales como organista y director del coro que él mismo fundó. Era una presencia muy estimada y apreciada en el pueblo de Viarigi. Cuando nació Luigi, era un invierno riguroso y, debido a las circunstancias del nacimiento, la partera consideró prudente bautizar al recién nacido. Dos días después se completaron los ritos bautismales.

La infancia de Luigi está marcada por las tradiciones locales y la vida familiar, un conjunto cultural y espiritual que contribuyó a moldear su carácter y a transmitir valiosos contenidos para el crecimiento del niño, marcando su futura vocación misionera en Colombia.

Es significativo el vínculo de Luigi con su padre Pietro, su formador y maestro, quien le transmitió el sentido cristiano de la vida, los primeros rudimentos de la escuela y el amor por la música y el canto: aspectos que, como sabemos, marcarán la vida y la misión de Luigi Variara. Su hermano menor, Celso, recuerda: "Aunque no revelaba nada excepcional, Luigi era todo bondad y amor en las manifestaciones de su vida, tanto con los padres, y en particular con la madre; como con nosotros... No recuerdo que mi hermano haya usado modos menos corteses y menos fraternos con nosotros, hermanos menores. Fiel y devoto asistente a la iglesia y a las funciones, pasaba el resto del tiempo no divirtiéndose en la calle, sino en casa, leyendo y estudiando sus libros de escuela y haciendo compañía a la madre".

Es hermoso recordar también la relación del pequeño Luigi con su hermana mayor, Giovanna, hija del primer matrimonio y madrina en su bautismo. Aunque se casó joven, Giovanna siempre

mantuvo un vínculo especial con el pequeño Luigi, contribuyendo a fortalecer los rasgos de su personalidad, su inclinación a la piedad y al estudio. De los hijos de Giovanna, uno, Ulisse, se convertirá en sacerdote, y Ernestina, Hija de María Auxiliadora. Además, Giovanna, que fallecerá a los noventa años en 1947, mantuvo los lazos epistolares entre Luigi y su madre Livia durante la vida misionera de su hermano.

Otro aspecto que influirá en el crecimiento del pequeño Luigi es que la casa de los Variara estaba casi siempre llena de niños. Papá Pietro, al finalizar las lecciones, llevaba consigo a los escolares más necesitados y, después de hacer un poco de repaso, los confiaba a los cuidados de mamá Livia. Y así hacían las otras familias. Una testigo relata: “La señora Livia era la madre de todo el vecindario; su patio siempre estaba lleno de chicos y chicas; ella nos enseñaba a coser, jugaba con nosotros, siempre mostraba buen humor”. Luigi creció en este clima “oratoriano”, donde se sentía en casa, se sentía amado y la presencia paterna de papá Pietro y la materna de mamá Livia eran recursos educativos y afectivos de primera calidad no solo para sus hijos, sino para muchos otros niños y jóvenes, especialmente los más pobres y desfavorecidos.

En estos años, Luigi conoce y se dedica a un compañero discapacitado, Andrea Ferrari, cuidando de él y haciéndolo sentir a gusto. En esto se puede vislumbrar una semilla de esa solicitud y cercanía que luego marcará la vida y la misión de Luigi Variara al servicio de los enfermos de lepra en Agua de Dios, Colombia. De verdad, Luigi Variara, de niño y de joven, experimentó, con sus hermanos y con los chicos del vecindario, el amor sincero de sus padres y, a través de su ejemplo, conoció el verdadero rostro de Dios Padre, fuente del amor auténtico.

Pasando por Valdocco

Don Bosco era muy conocido en el Monferrato: lo había recorrido en todas direcciones con las bien conocidas

camيناتas otoñales junto a sus chicos, que con sus gritos y la alegría ruidosa y contagiosa llevaban fiesta a dondequiera que llegaban. Los chicos del lugar se unían felices a la alegre y bulliciosa troupe y, posteriormente, no pocos se marchaban para encontrarse con ese sacerdote, fascinados por ser educados por él en el oratorio de Turín.

En Viarigi quedó un recuerdo muy sentido de la visita de Don Bosco, que tuvo lugar en febrero de 1856. Don Bosco había aceptado la invitación del párroco, don Giovanni Battista Melino, para predicar una misión, dado que el pueblo estaba profundamente perturbado y dividido por los escándalos de un ex sacerdote, un tal Grignaschi, que reunía a su alrededor una verdadera secta y gozaba de gran popularidad. Don Bosco logró atraer a un público muy numeroso e invitó a la población a la conversión; así fue como Viarigi recuperó su equilibrio religioso y la paz espiritual. El vínculo espiritual que se creó entre este pueblo de Asti y el Santo de los jóvenes se prolongó en el tiempo y, precisamente, el pequeño Luigi fue preparado para su primera comunión por el párroco don Giovanni Battista Melino, el mismo que había invitado a Don Bosco a predicar la misión popular. En la familia Variara, según los deseos de papá Pietro, Luigi debía orientarse hacia el sacerdocio, pero él, al finalizar la escuela primaria, no tenía deseos ni inquietudes vocacionales particulares. En cualquier caso, debería continuar sus estudios y en este punto entra en juego Don Bosco: el recuerdo que dejó en Viarigi, su fama de hombre de Dios, la amistad con el párroco, los sueños de papá Pietro, la fama del oratorio de Turín hicieron que Luigi, el 1° de octubre de 1887, ingresara a Valdocco inscrito en la primera clase del gimnasio, con el deseo de su padre que quería que su hijo se encaminara hacia el sacerdocio. Sin embargo, el joven Luigi, con toda simplicidad, pero con firmeza, no dudó en declarar que no sentía vocación, pero el padre respondió: "Si no la tienes, María Auxiliadora te la dará. ¡Sé bueno y estudia!". Don Bosco fallecerá cuatro meses después de la llegada del joven Variara al oratorio de Valdocco, pero el encuentro que Luigi tuvo con él fue

suficiente para marcarlo de por vida. Él mismo recuerda el evento: «Estábamos en la temporada invernal y una tarde estábamos jugando en el amplio patio del oratorio, cuando de repente se oyó gritar de un lado a otro: “¡Don Bosco, Don Bosco!”. Instintivamente nos lanzamos todos hacia el punto donde aparecía nuestro buen Padre, que lo sacaban para dar un paseo en su carroza. Lo seguimos hasta el lugar donde debía subir al vehículo; de inmediato se vio a Don Bosco rodeado por la querida multitud de chicos. Yo buscaba afanosamente la manera de ponerme en un lugar desde donde pudiera verlo a mi antojo, ya que deseaba ardientemente conocerlo. Me acerqué lo más que pude y, en el momento en que lo ayudaban a subir al coche, me dirigió una dulce mirada, y sus ojos se posaron atentamente sobre mí. No sé lo que sentí en ese momento... ifue algo que no sé expresar! Ese día fue uno de los más felices para mí; iestaba seguro de haber conocido a un Santo, y que ese Santo había leído en mi alma algo que solo Dios y él podían saber!».

Perfil virtuoso de Andrea Beltrami (2/2)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

3. Historia de un alma

3.1. Amar y sufrir

Don Barberis esboza muy bien la parábola existencial de Beltrami, leyendo en ella la acción misteriosa y transformadora de la gracia actuando “a través de las principales condiciones de la vida salesiana, para que fuera un modelo general de alumno, clérigo, profesor, universitario,

sacerdote, escritor, enfermo; un modelo en todas las virtudes, en la paciencia como en la caridad, en el amor a la penitencia como en el celo". Y es interesante que el propio don Barberis, al introducir la segunda parte de su biografía que trata de las virtudes de don Beltrami, afirme: "Podría decirse que la vida de nuestro don Beltrami es la historia de un alma más que la historia de una persona. Es todo intrínseco; y hago todo lo posible para que el querido lector penetre en esa alma, para que admire sus carismas celestiales". La referencia a "la historia de un alma" no es casual, no sólo porque don Beltrami es contemporáneo de la Santa de Lisieux, sino que podemos decir que son verdaderamente hermanos en el espíritu que les animaba. El celo apostólico por la salvación es más auténtico y fecundo en quienes han experimentado la salvación y, habiéndose encontrado salvados por la gracia, viven su vida como un puro don de amor a sus hermanos, para que también ellos sean alcanzados por el amor redentor de Jesús. "Toda la vida, en verdad, de nuestro don Andrea podría resumirse en dos palabras, que forman su tarjeta o división: Amar y sufrir – Amar y sufrir. Amor el más tierno, el más ardiente y, diría también, el más celoso posible hacia ese bien, en el que se concentra todo el bien. El Dolor el más vivo, el más agudo, el más penetrante de sus pecados, y a la contemplación de ese bien supremo, que para nosotros se rebajó a la locura, a los dolores y a la muerte de la Cruz. De aquí nació en él un afán febril por el sufrimiento, del que, cuanto más abundaba, más deseo sentía: de aquí vino de nuevo ese gusto, esa voluptuosidad inefable en el sufrimiento, que es el secreto de los santos, y una de las maravillas más sublimes de la Iglesia de Jesucristo".

"Y como en el Sagrado Corazón de Jesús, ardiente de llamas y coronado de espinas, encuentran pasto tan abundante y tan admirablemente proporcionado estos afectos de amor y de dolor, así, desde el primer instante en que conoció esta devoción, hasta el último de su vida, su corazón fue como un jarrón de aromas elegidos que ardía siempre ante aquel divino corazón, y transmitía el perfume del incienso y de la

mirra, del amor y del dolor". "Obtener del Corazón de Jesús la anhelada gracia de vivir largos años para sufrir y expiar mis pecados. No morir, sino vivir para sufrir, pero siempre sometida a la voluntad de Dios. Así podré saciar esta sed. ¡Es tan hermoso, tan dulce sufrir cuando Dios ayuda y da paciencia!". Estos textos son una síntesis de la espiritualidad victimal de don Beltrami, que, en la perspectiva de la devoción al Sagrado Corazón, tan querida por la espiritualidad del siglo XIX y por el propio Don Bosco, supera cualquier lectura dolorosa o, peor aún, un cierto masoquismo espiritualista. De hecho, fue también gracias a Don Beltrami que Don Rua consagró oficialmente la Congregación Salesiana al Sagrado Corazón de Jesús en la última noche del siglo XIX.

3.2. Tras el rastro de la Santa de Lisieux

La brevedad de la vida cronológica se ve compensada por la sorprendente riqueza del testimonio de una vida virtuosa, que en poco tiempo expresó un intenso fervor espiritual y una singular lucha por la perfección evangélica. No es insignificante que el Venerable Beltrami cerrara su existencia exactamente tres meses después de la muerte de Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, que fue proclamada Doctora de la Iglesia por Juan Pablo II por la eminente Ciencia del Amor Divino que la distinguió. A través de «Historia de un alma» emerge la biografía interior de una vida que, modelada por el Espíritu en el jardín del Carmelo, floreció con frutos de santidad y fecundidad apostólica para la Iglesia universal, hasta el punto de que en 1927 fue proclamada Patrona de las Misiones por Pío XI. Don Beltrami también murió como Santa Teresina de tuberculosis, pero ambos, en las efusiones de sangre que les llevaron rápidamente al final, no vieron tanto el desgaste de un cuerpo y el menguar de las fuerzas, sino que captaron una vocación particular a vivir en comunión con Jesucristo, que les asimilaba a su sacrificio de amor por el bien de sus hermanos. El 9 de junio de 1895, en la fiesta de la Santísima Trinidad, Santa Teresa

del Niño Jesús se ofreció como víctima del holocausto al Amor misericordioso de Dios. El 3 de abril del año siguiente, en la noche entre el Jueves Santo y el Viernes Santo, tuvo una primera manifestación de la enfermedad que la llevaría a la muerte. Teresa la recibe como una visita misteriosa del Esposo divino. Al mismo tiempo entra en la prueba de la fe, que durará hasta su muerte. Al deteriorarse su salud, fue trasladada a la enfermería a partir del 8 de julio de 1897. Sus hermanas y otras religiosas recogieron sus palabras, mientras los dolores y las pruebas, soportados con paciencia, se intensificaban hasta culminar en su muerte la tarde del 30 de septiembre de 1897. “No muero, entro en la vida”, había escrito a su hermano espiritual, el padre Bellière. Sus últimas palabras “Dios mío, te amo” son el sello de su existencia.

Hasta el final de su vida, también don Beltrami sería fiel a su ofrenda de víctima, como escribió unos días antes de su muerte a su maestro de noviciado: “Rezo siempre y me ofrezco como víctima por la Congregación, por todos los Superiores y hermanos y especialmente por estas casas de noviciado, que contienen las esperanzas de nuestra piadosa Sociedad”.

4. Espiritualidad de víctima

Don Beltrami relaciona también con esta espiritualidad de víctima, un grado sublime de caridad: “Nadie tiene amor más grande que éste: dar la vida por sus amigos” (Jn 15, 13). Esto no sólo significa el gesto extremo y supremo de la entrega física de la propia vida por otro, sino la vida entera del individuo orientada al bien de otro. Se sintió llamado a esta vocación: “Hay muchos -añadió-, incluso entre nosotros, los Salesianos, que trabajan mucho y hacen un gran bien; pero no hay tantos que realmente amen sufrir y quieran sufrir mucho por el Señor: yo quiero ser uno de ellos”. Precisamente porque no es algo codiciado por la mayoría, en consecuencia, tampoco se comprende. Pero esto no es nada nuevo. Incluso Jesús, cuando habló a los discípulos de su

Pascua, de su subida a Jerusalén, se encontró con la incomprensión, y el propio Pedro le apartó de ello. En la hora suprema, sus «amigos» le traicionaron, le negaron y le abandonaron. Sin embargo, la obra de la redención sólo se realizó y se realiza mediante el misterio de la cruz y la ofrenda que Jesús hace de sí mismo al Padre como víctima de expiación, uniendo a su sacrificio a todos los que aceptan compartir sus sufrimientos por la salvación de sus hermanos. La verdad de la ofrenda de Beltrami reside en la fecundidad que ofrece su vida santa. De hecho, dio eficacia a sus palabras apoyando en particular a sus hermanos en su vocación, estimulándolos a aceptar con espíritu de sacrificio las pruebas de la vida en fidelidad a la vocación salesiana. Don Bosco, en las Constituciones primitivas, presentaba al Salesiano como aquel que “está dispuesto a soportar el calor y el frío, la sed y el hambre, el trabajo y el desprecio, siempre que se trate de la gloria de Dios y de la salvación de las almas”.

La misma enfermedad llevó a don Beltrami tanto a una tisis progresiva como a un aislamiento forzoso, que dejaron intactas sus facultades perceptivas e intelectuales, es más, casi las refinaron con la cuchilla del dolor. Sólo la gracia de la fe le permitió abrazar aquella condición que día a día le asimilaba más y más a Cristo crucificado y que una estatua del *Eccehomo*, de un realismo chocante que le repugnaba, querida por él en su habitación, le recordaba constantemente. La fe era la regla de su vida, la clave para comprender a las personas y las diferentes situaciones; a la luz de la fe consideraba sus propios sufrimientos como gracias de Dios, y junto con el aniversario de su profesión religiosa y de su ordenación sacerdotal, celebraba el del comienzo de su grave enfermedad, que creía que había comenzado el 20 de febrero de 1891. En esta ocasión recitó de corazón el *TeDeum* por haberle sido concedido por el Señor sufrir por él. Meditaba y cultivaba una viva devoción a la Pasión de Cristo y a Jesús Crucificado: “Gran devoción, de la que puede decirse que informó toda la vida del siervo de Dios... Éste era el tema

casi continuo de sus meditaciones. Siempre tenía un crucifijo delante de los ojos y sobre todo en las manos... que besaba de vez en cuando con entusiasmo”.

Tras su muerte, se encontró colgado de su cuello un monedero, con el crucifijo y la medalla de María Auxiliadora, que contenía algunos papeles: oraciones en recuerdo de su ordenación; un mapa en el que estaban dibujados los cinco continentes, para recordar siempre al Señor a los misioneros esparcidos por el mundo; y algunas oraciones con las que se hacía formalmente víctima del Sagrado Corazón de Jesús, especialmente por los moribundos, por las almas del purgatorio, por la prosperidad de la Congregación y de la Iglesia. Estas oraciones, en las que el pensamiento predominante se hacía eco de la súplica de Pablo *“Opto ego ipse anathema esse a Christo pro fratribus meis”* (Yo mismo desearía ser anatema, separado de Cristo, por el bien de mis hermanos), fueron firmadas por él con su propia sangre y aprobadas por su director, el P. Luigi Piscetta, el 15 de noviembre de 1895.

5. ¿Es actual el P. Beltrami?

La pregunta, no ociosa, ya fue planteada por los jóvenes hermanos del Estudiantado Teológico Internacional de Turín-Crocetta cuando, en 1948, con ocasión del 50 aniversario de la muerte del Venerable don Beltrami, organizaron una jornada conmemorativa. Desde las primeras líneas del folleto que recogía los discursos pronunciados en aquella ocasión, uno se pregunta qué tenía que ver el testimonio de Beltrami con la vida salesiana, una vida de apostolado y de acción. Pues bien, tras recordar cómo fue ejemplar en los años en que pudo lanzarse a la labor apostólica, también fue salesiano al aceptar el dolor cuando éste parecía aplastar una carrera y un futuro tan brillante y fructíferamente emprendidos. Porque fue allí donde el P. Andrés reveló una profundidad de sentimientos salesianos y una riqueza de entrega que antes, en el trabajo, podían tomarse por una audacia juvenil, un impulso a actuar, una riqueza de dones, algo normal, ordinario, en definitiva.

Lo extraordinario comienza, o mejor dicho, se revela en y a través de la enfermedad. Don Andrea, segregado, excluido ya para siempre de la enseñanza, de la vida fraterna de colaboración con sus hermanos y de la gran empresa de Don Bosco, se sintió abocado a un nuevo camino solitario, quizá repugnante para sus hermanos; ciertamente repugnante para la naturaleza humana, tanto más para la suya, itan rica y exuberante! Don Beltrami aceptó este camino y lo emprendió con espíritu salesiano: "salesianamente".

Llama la atención que se afirme que don Beltrami inauguró en cierto modo un nuevo camino en la estela trazada por Don Bosco, una llamada especial a iluminar el núcleo profundo de la vocación salesiana y el verdadero dinamismo de la caridad pastoral: "Necesitamos tener lo que él tenía en su corazón, lo que él vivía profundamente en lo más íntimo de su ser. Sin esa riqueza interior, nuestra acción sería vana; el P. Beltrami podría reprocharnos nuestra vida vana, diciendo con Pablo: *"nos quasi morientes, et ecce: vivimos"*. Él mismo era consciente de que había iniciado un nuevo camino, como atestiguó su hermano Giuseppe: "A mitad de la lección intentó convencerme de la necesidad de seguir su camino, y yo, al no pensar como él, me opuse, y él sufrió". Este sufrimiento vivido en la fe fue verdaderamente fecundo apostólica y vocacionalmente: "Fue una manifestación de la nueva y original concepción salesiana querida y puesta en práctica por él, de un dolor físico y moral, activo, productivo, incluso materialmente, para la salvación de las almas".

También hay que decir que, bien debido a un cierto clima espiritual un tanto pietista, o quizá más inconscientemente para no provocar demasiado con su testimonio, con el tiempo se fue arraigando una cierta interpretación que poco a poco condujo, también debido a los grandes cambios que se produjeron, al olvido. Expresión de este proceso son, por ejemplo, los cuadros que le reproducen, que a quienes le conocieron, como don Eugenio Ceria, no les gustaban mucho, porque le recordaban jovial, con un aspecto abierto que inspiraba confianza y seguridad a quienes se

acercaban a él. El P. Ceria recuerda también que, ya durante sus años en Foglizzo, don Beltrami vivía una intensa vida interior, una profunda e impetuosa unión con Dios, alimentada por la meditación y la comunión eucarística, hasta tal punto que incluso en pleno invierno, con temperaturas bajo cero, no llevaba abrigo y mantenía abierta la ventana, por lo que le llamaban “oso blanco”.

5.1. Testimonio de unión con Dios

Este espíritu de sacrificio le hizo madurar una profunda unión con Dios: “Su oración consistía en estar continuamente en presencia de Dios, con la mirada fija en el Tabernáculo y desahogándose ante el Señor con continuas jaculatorias y aspiraciones afectuosas. Su meditación podría decirse que era continua... le penetraba tanto que no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor, y penetraba tanto en el sujeto que le oí decirme en confianza que generalmente llegaba a comprender tan bien los misterios que meditaba que le parecía verlos como si aparecieran ante sus ojos”. Esta unión se significaba y realizaba de modo especial en la celebración de la Eucaristía, cuando cesaban como por arte de magia todos los dolores y toses, traducidos en una perfecta conformidad con la voluntad de Dios, sobre todo aceptando el sufrimiento: “Consideraba el apostolado de los sufrimientos y de las aflicciones como no menos fecundo que el de la vida más activa; y mientras otros habrían dicho que ocupaba suficientemente aquellos no cortos años en el sufrimiento, él santificaba el sufrimiento ofreciéndolo al Señor y conformándose a la voluntad divina de manera tan general que no sólo se resignaba a él, sino que se contentaba con él”.

La petición hecha por el propio Venerable al Señor tiene un valor considerable, como se desprende de varias cartas y, en particular, de la dirigida a su primer director de Lanzo, don Giuseppe Scappini, escrita poco más de un mes antes de su muerte: “No te aflijas, mi dulcísimo padre en Jesucristo, por mi enfermedad; al contrario, alégrate en el Señor. Yo mismo se lo pedí al Buen Dios, para tener la

oportunidad de expiar mis pecados en este mundo, donde el Purgatorio se hace con méritos. En verdad no pedí esta enfermedad, pues no tenía idea de ella, pero pedí mucho que sufrir, y el Señor me lo ha concedido. Bendito seas por siempre; y ayúdame a llevar siempre la Cruz con alegría. Créeme, en medio de mis penas, soy feliz con una felicidad plena y cumplida, de modo que me río, cuando me dan el pésame y desean mi recuperación”.

5.2. Saber sufrir

“Saber sufrir”: para la propia santificación, para la expiación y para el apostolado. Celebró el aniversario de su propia enfermedad: “El 20 de febrero es el aniversario de mi enfermedad: y lo celebro, como un día bendecido por Dios; un día bendito, lleno de alegría, entre los días más hermosos de mi vida”. Quizás el testimonio de don Beltrami confirma la afirmación de Don Bosco “de Beltrami sólo hay uno”, como para indicar la originalidad de la santidad de este hijo suyo al haber experimentado y hecho visible el núcleo secreto de la santidad apostólica salesiana. Don Beltrami expresa la necesidad de que la misión salesiana no caiga en la trampa de un activismo y una exterioridad que con el tiempo conducirían a un destino fatal de muerte, sino que conserve y cultive el núcleo secreto que expresa a la vez profundidad y amplitud de horizonte. Traducciones concretas de este cuidado de la interioridad y de la profundidad espiritual son: la fidelidad a la vida de oración, la preparación seria y competente para la propia misión, especialmente para el ministerio sacerdotal, la lucha contra la negligencia y la ignorancia culpable; el uso responsable del tiempo.

Más profundamente, el testimonio de don Beltrami nos dice que no se vive de glorias pasadas ni de rentas vitalicias, sino que cada hermano y cada generación deben hacer fructificar el don recibido y saber transmitirlo de forma fiel y creativa a las generaciones futuras. La interrupción de esta cadena virtuosa será fuente de daños y ruina. Saber sufrir es un secreto que da fecundidad a toda

empresa apostólica. El espíritu de ofrenda de víctima de don Beltrami está admirablemente asociado a su ministerio sacerdotal, para el que se preparó con gran responsabilidad y que vivió en forma de una singular comunión con Cristo inmolado por la salvación de sus hermanos y hermanas: en la lucha y mortificación contra las pasiones de la carne; en la renuncia a los ideales de un apostolado activo que siempre había deseado; en la sed insaciable de sufrimiento; en la aspiración a ofrecerse como víctima por la salvación de sus hermanos y hermanas. Por ejemplo, para la Congregación además de la oración y el ofrecimiento nominativo por varios hermanos, teniendo en sus manos el catálogo de la Congregación, casas y misiones, pedía la gracia de la perseverancia y el celo, la conservación del espíritu de Don Bosco y su método educativo. Uno de los libros escritos sobre él lleva significativamente el título de "*Lapassifloraseráfica*", que significa "flor de la pasión", nombre que le dieron los misioneros jesuitas en 1610, debido a la similitud de algunas partes de la planta con los símbolos religiosos de la pasión de Cristo: los zarcillos el látigo con el que fue flagelado; los tres estilos los clavos; los estambres el martillo; los rayos corolíneos la corona de espinas. Autorizada es la opinión de Don Nazareno Camilleri, un alma profundamente espiritual: "Don Beltrami nos parece que representa eminentemente, hoy, el ansia divina de la "santificación del sufrimiento" para la fecundidad social, apostólica y misionera, mediante el entusiasmo heroico de la Cruz, de la Redención de Cristo en medio de la humanidad".

5.3 Paso del testigo

En Valsalice, don Andrea fue un ejemplo para todos: un joven clérigo, Luigi Variara, lo eligió como modelo de vida: se hizo sacerdote y misionero salesiano en Colombia y fundó, inspirado por don Beltrami, la Congregación de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Nacido en Viarigi (Asti) en 1875, Luigi Variara fue llevado a los 11 años a Turín-Valdocco por su padre. Ingresó en el noviciado el

17 de agosto de 1891 y lo completó emitiendo los votos perpetuos. Después se trasladó a Turín-Valsalice para estudiar filosofía. Allí conoció al Venerable Andrea Beltrami. Don Variara se inspirará en él cuando más tarde en *Agua de Dios* (Colombia) proponga la “consagración victimal” a sus Hijas de los Sagrados Corazones.

Fin

Será Santa la Beata María Troncatti, Hija de María Auxiliadora

El 25 de noviembre de 2024, el Santo Padre Francisco ha autorizado al Dicasterio de las Causas de los Santos a promulgar el Decreto relativo al milagro atribuido a la intercesión de la Beata María Troncatti, hermana profesa de la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, nacida en Córteno Golgi (Italia) el 16 de febrero de 1883 y fallecida en Sucúa (Ecuador) el 25 de agosto de 1969. Con este acto del Santo Padre se abre el camino a la Canonización de la Beata María Troncatti.

María Troncatti nace en Corteno Golgi (Brescia) el 16 de febrero de 1883. Asidua a la catequesis parroquial y a los sacramentos, la adolescente María madura un profundo sentido cristiano que la abre a la vocación religiosa. En Corteno llega el Boletín Salesiano y María piensa en la vocación religiosa. Sin embargo, por obediencia a su padre y al párroco, espera a ser mayor de edad antes de pedir la admisión al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Emite la

primera profesión en 1908 en Niza Monferrato. Durante la Primera Guerra Mundial (1915-1918), la hermana María sigue en Varazze cursos de asistencia sanitaria y trabaja como enfermera de la Cruz Roja en el hospital militar. Durante una inundación en la que corre el riesgo de morir ahogada, María promete a la Virgen que si le salva la vida, se irá a las misiones.

La Madre General, Caterina Daghero, la destina en 1922 a las misiones de Ecuador. Permanece tres años en Chunchi. Acompañadas por el Obispo misionero Mons. Comin y por una pequeña expedición, la hermana María y otras dos hermanas se adentran en la selva amazónica. Su campo de misión es la tierra de los indios Shuar, en la parte sudoriental de Ecuador. Se establecen en Macas, un pueblo de colonos rodeado por las viviendas colectivas de los Shuar. Lleva a cabo con sus hermanas un difícil trabajo de evangelización en medio de riesgos de todo tipo, incluidos los causados por los animales de la selva y las trampas de los ríos turbulentos. Macas, Sevilla Don Bosco, Sucúa son algunos de los “milagros” que aún florecen de la acción de la hermana María Troncatti: enfermera, cirujana y ortopedista, dentista y anestesista... Pero sobre todo catequista y evangelizadora, rica en maravillosos recursos de fe, paciencia y amor fraterno. Su obra por la promoción de la mujer shuar florece en cientos de nuevas familias cristianas, formadas por primera vez por la libre elección personal de los jóvenes esposos. Es apodada “la médica de la Selva”, lucha por la promoción humana, especialmente de la mujer.

“Es la “madrecita”, siempre atenta a ir en ayuda no solo de los enfermos, sino de todos los que necesitan ayuda y esperanza. Desde el simple y pobre consultorio llega a fundar un verdadero hospital y prepara ella misma a las enfermeras. Con maternal paciencia escucha, favorece la comunión entre la gente y educa al perdón a indígenas y colonos. “Una mirada al Crucifijo me da vida y coraje para trabajar”, esta es la certeza de fe que sostiene su vida. En cada actividad,

sacrificio o peligro se siente sostenida por la presencia maternal de María Auxiliadora.

El 25 de agosto de 1969, en Sucúa (Ecuador), el pequeño avión que transporta a la ciudad a la hermana María Troncatti se precipita pocos minutos después del despegue, en el límite de esa selva que ha sido durante casi medio siglo su “patria del corazón”, el espacio de su donación incansable entre los “shuar”. La hermana María vive su último despegue: ¡el que la lleva al Paraíso! Tiene 86 años, todos dedicados a un don de amor. Había ofrecido su vida por la reconciliación entre los colonos y los Shuar. Escribía: “¡Soy cada día más feliz de mi vocación religiosa misionera!”.

Fue declarada Venerable el 12 de noviembre de 2008 y **beatificada bajo el pontificado de Benedicto XVI en Macas (Vicariato Apostólico de Méndez – Ecuador) el 24 de noviembre de 2012**. En la homilía de beatificación, el Cardenal Angelo Amato delineó la figura de consagrada y misionera, destacando, en la cotidianidad y simplicidad de los gestos de maternidad y misericordia, la extraordinaria “ejemplo de dedicación a Jesús y a su Evangelio de verdad y de vida” por el cual, a más de cuarenta años de su muerte, era recordada con gratitud: “La hermana María, animada por la gracia, se convirtió en una infatigable mensajera del Evangelio, experta en humanidad y conocedora profunda del corazón humano. Compartía las alegrías y esperanzas, las dificultades y tristezas de sus hermanos, grandes y pequeños. Lograba transformar la oración en celo apostólico y en servicio concreto al prójimo”. El Cardenal Amato terminó la homilía asegurando a los presentes, entre los que se encontraban los shuar, que “desde el cielo la Beata María Troncatti sigue velando por su patria y por sus familias. Sigamos pidiendo su intercesión, para vivir en fraternidad, en concordia y en paz. Dirijámonos con confianza a ella, para que asista a los enfermos, consuele a los que sufren, ilumine a los padres en la educación cristiana de los niños, traiga armonía a las familias. Queridos fieles, así

como lo fue en la tierra, así desde el cielo la Beata María Troncatti seguirá siendo nuestra Buena Madre”.

La biografía escrita por la hermana Domenica Grassiano “Selva, patria del corazón” contribuyó a dar a conocer el testimonio de esta gran misionera y a difundir su fama de santidad. Esta Hija de María Auxiliadora ha encarnado de manera singular la pedagogía y la espiritualidad del sistema preventivo, sobre todo a través de esa maternidad que ha marcado todo su testimonio misionero a lo largo de su vida.

De joven hermana en los años 1920: aunque continúa como enfermera, dedica una atención especial a las chicas oratorianas, y de manera especial a un grupo de ellas bastante descuidadas, ruidosas e impacientes hacia cualquier disciplina. Pues bien, la hermana María sabe acogerlas y tratarlas de tal manera que “tenían por ella una veneración: se arrodillaban ante ella, tanto era su estima. Sentían en ella un alma toda de Dios y se encomendaban a su oración”.

También para las postulantes reserva una atención especial, comunicando confianza y coraje: “Ánimo, no te dejes llevar por el arrepentimiento por lo que has dejado... Ora al Señor y te ayudará a realizar tu vocación”. Las cuarenta postulantes de ese año llegaron todas a la vestición y a la profesión, atribuyendo tal resultado a las oraciones de la hermana María, que infunde esperanza sobre todo cuando ve dificultades para adaptarse al nuevo estilo de vida o para aceptar la separación de la familia.

De Madre de los pobres y necesitados. Con su ejemplo y su mensaje recuerda que “no nos preocupamos solo del cuerpo, sino también de las necesidades del alma del hombre: de las personas que sufren por la violación del derecho o por un amor destruido; de las personas que se encuentran en la oscuridad sobre la verdad; que sufren por la ausencia de verdad y amor. Nos preocupamos por la salvación de los hombres en cuerpo y alma”. ¡Cuántas almas salvadas! ¡Cuántos niños salvados de una

muerte segura! ¡Cuántas chicas y mujeres defendidas en su dignidad! ¡Cuántas familias formadas y custodiadas en la verdad del amor conyugal y familiar! ¡Cuántos incendios de odio y venganza extinguidos con la fuerza de la paciencia y la entrega de su propia vida! Y todo vivido con gran celo apostólico y misionero.

Singular el testimonio del padre Giovanni Vigna, que trabajó durante 23 años en la misma misión, ilustra muy bien el corazón de la hermana María Troncatti: “La hermana María se distinguía por una exquisita maternidad. Encontraba para cada problema una solución que resultaba, a la luz de los hechos, siempre la mejor. Siempre estaba dispuesta a descubrir el lado positivo de las personas. La he visto tratar la naturaleza humana bajo todos los aspectos, los más miserables también: pues bien, los trató con esa superioridad y amabilidad que en ella era cosa espontánea y natural. Expresaba la maternidad como afecto entre las hermanas en comunidad: era el secreto vital que las sostenía, el amor que las unía unas a otras; la plena condición de las fatigas, los dolores, las alegrías. Ejercía su maternidad sobre todo hacia las más jóvenes. Muchas hermanas han experimentado la dulzura y la fuerza de su amor. Así era para los Salesianos que caían frecuentemente enfermos porque no se ahorraban en el trabajo y las fatigas. Ella los cuidaba, los sostenía también moralmente, adivinando crisis, cansancios, turbaciones. Su alma transparente veía todo a través del amor de un Padre que nos ama y nos salva. ¡Ha sido instrumento en la mano de Dios para obras maravillosas!”.

Perfil virtuoso de Andrea

Beltrami (1/2)

El venerable don Andrea Beltrami (1870-1897) es una expresión emblemática de una dimensión constitutiva no sólo del carisma salesiano, sino del cristianismo: la dimensión oblativa y sin víctimas, que en términos salesianos encarna las exigencias del “*caeteratolle*”. Un testimonio que, bien por su singularidad, bien por razones en parte ligadas a lecturas fechadas o transmitidas a través de una cierta vulgata, ha ido desapareciendo de la visibilidad del mundo salesiano. El hecho es que el mensaje cristiano presenta intrínsecamente aspectos incompatibles con el mundo que, si se ignoran, corren el riesgo de hacer infecundo el propio mensaje evangélico y, en concreto, el carisma salesiano, desprotegido en sus raíces carismáticas de espíritu de sacrificio, trabajo y renuncia apostólica. El testimonio de don Andrea Beltrami es paradigmático de toda una corriente de santidad salesiana que, partiendo de los tres Santos Andrea Beltrami, el Beato Augusto Czarторыski, el Beato Luis Variara, continúa a lo largo del tiempo con otras figuras de la familia como la Beata Eusebia Palomino, la Beata Alexandrina Maria da Costa, la Beata Laura Vicuña, sin olvidar el numeroso grupo de mártires.

1. Radicalismo evangélico

1.1 Radical en la elección vocacional

Andrea Beltrami nació en Omegna (Novara), a orillas del lago de Orta, el 24 de junio de 1870. Recibió en su familia una educación profundamente cristiana, que luego se desarrolló en el colegio salesiano de Lanzo, donde ingresó en octubre de 1883. Aquí maduró su vocación. En Lanzo, un día tuvo la gran suerte de conocer a Don Bosco. Fascinado por él, surgió en su interior una pregunta: “¿Por qué no puedo ser como él? ¿Por qué no dedicar también mi vida a la formación y salvación de los jóvenes?” En 1885, Don Bosco le dijo: “Andrea, ¡hazte tú también salesiano!”. En 1886 recibió el hábito clerical de Don Bosco en Foglizzo y el 29 de octubre de

1886 comenzó su año de noviciado con una resolución: “Quiero hacerme santo”. Esta resolución no era formal, sino que se convirtió en una razón de vida. Especialmente el P. Eugenio Bianchi, su maestro de noviciado, en su informe a Don Bosco, lo describió como perfecto en todas las virtudes. Tal radicalidad desde el noviciado se expresaba en la obediencia a los superiores, en el ejercicio de la caridad hacia sus compañeros, en la observancia religiosa, que se le definía como “la Regla personificada”. El 2 de octubre de 1887, en Valsalice (Turín), Don Bosco recibió los votos religiosos: se había hecho salesiano e inmediatamente emprendió los estudios para prepararse al sacerdocio.

La firmeza y determinación en su respuesta a la llamada del Señor fue muy llamativa, signo del valor que atribuía a su vocación: “La gracia de la vocación era para mí una gracia singular, invencible, irresistible, eficaz. El Señor había puesto en mi corazón una firme persuasión, una íntima convicción de que el único camino que me convenía era hacerme salesiano; era una voz de mando que no admitía réplica, que removía todo obstáculo al que no habría podido resistir, aunque hubiera querido, y por eso habría superado mil dificultades, aunque hubiera sido para pasar sobre el cadáver de mi padre y de mi madre, como hizo Chantal cuando pasó sobre el cadáver de su hijo”. Estas expresiones son muy fuertes y quizá poco agradables a nuestro paladar; son como el preludio de una historia vocacional vivida con una radicalidad que no es fácil de comprender, y mucho menos de aceptar.

1.2. La radicalidad en el itinerario formativo

Un aspecto interesante y revelador de la acción prudencial es la capacidad de dejarse aconsejar y corregir y, a su vez, volverse capaz de corrección y consejo: “Me arrojó como un niño en sus brazos, abandonándome por completo a su dirección. Que ella me conduzca por el camino de la perfección, estoy resuelto, con la gracia de Dios, a superar cualquier dificultad, a hacer cualquier esfuerzo para seguir sus consejos”; así a su director espiritual don Giulio

Barberis. En el ejercicio de la enseñanza y de la asistencia 'hablaba siempre con calma y serenidad... primero leyó atentamente los reglamentos de los mismos oficios... las reglas y los reglamentos sobre la asistencia y sobre el modo de enseñar... pronto adquirió un conocimiento de cada uno de sus alumnos, de sus necesidades individuales, entonces se convirtió en todo para todos y para cada uno'. En la corrección fraterna, se inspiraba en los principios cristianos e intervenía sopesando bien sus palabras y expresando con claridad sus pensamientos.

Fue durante este periodo cuando conoció al príncipe polaco Augusto Czartoryski, que acababa de ingresar en la Congregación, y con quien entabló una estrecha amistad: estudiaron juntos lenguas extranjeras y se ayudaron mutuamente a ascender a la cumbre de la santidad. Cuando Augusto cayó enfermo, los superiores le pidieron a Andrea que permaneciera cerca de él y le ayudara. Pasaron juntos las vacaciones de verano en los institutos salesianos de Lanzo, Penango d'Asti y Alassio. Augusto, que entretanto había alcanzado el sacerdocio, fue para Andrea ángel de la guarda, maestro y ejemplo heroico de santidad. Don Augusto falleció en 1893 y don Andrea diría de él: "He curado a un santo". Cuando don Beltrami enfermó a su vez de la misma enfermedad, una de las causas probables fue esta familiaridad de vida con su amigo enfermo.

1.3. Radical en el juicio

Su enfermedad comenzó de forma brutal el 20 de febrero de 1891 cuando, tras un viaje muy agotador y durante días de duro clima invernal, aparecieron los primeros síntomas de una enfermedad que minaría su salud y le llevaría a la tumba. Si entre las causas figuran la escolarización y el contacto con el príncipe Czartoryski, que padecía la enfermedad, cabe destacar tanto el esfuerzo ascético como la ofrenda de la víctima. Su compatriota y compañero de noviciado Giulio Cane da testimonio de esta lucha contra su hombre

viejo: “Siempre estuve convencido de que el siervo de Dios recibió el golpe más grave para su salud por la forma violenta y constante en que se obligaba a renunciar a todos sus movimientos voluntarios para hacerse, diría yo, esclavo de la voluntad del Superior, en quien veía la de Dios. Sólo aquellos que pudieron conocer al siervo de Dios en los años de su adolescencia y juventud, con su espíritu impulsivo y ardiente, casi rebelde a toda restricción, y que saben lo tenaz a sus propias opiniones que es típico del pueblo Beltrami Manera, pueden formarse una idea clara del esfuerzo que el siervo de Dios tuvo que imponerse para dominarse a sí mismo. De las conversaciones que mantuve con el siervo de Dios, llegué a esta convicción: que él, receloso de poder conquistarse a sí mismo por grados en su carácter, se propuso, desde los primeros meses de su noviciado, renunciar radicalmente a su voluntad, a sus tendencias, a sus aspiraciones. Todo esto lo consiguió con una vigilancia constante sobre sí mismo para no fracasar nunca en su propósito. Es imposible que semejante lucha interior no contribuyera, más que las fatigas del estudio y de la enseñanza, a minar la salud del siervo de Dios”. Verdaderamente, el joven Beltrami tomó al pie de la letra las palabras del Evangelio: “El reino de los cielos sufre violencia y los violentos se apoderan de él” (Mt 11,12).

Vivía su sufrimiento con alegría interior: “El Señor quiere que sea sacerdote y víctima: ¿qué puede haber más hermoso? Su jornada comenzaba con la Santa Misa, en la que unía su sufrimiento al Sacrificio de Jesús presente en el altar. La meditación se convirtió en contemplación. Ordenado sacerdote por el obispo Cagliero, se entregó por entero a la contemplación y al apostolado de la pluma. Con una tenacidad de voluntad a toda prueba y un vehemente deseo de santidad, consumió su existencia en el dolor y el trabajo incesante. «La misión que Dios me confía es rezar y sufrir”, decía. “Estoy contento y feliz y siempre celebro. Ni morir ni curar, sino vivir para sufrir: en el sufrimiento he encontrado la verdadera satisfacción», era su lema. Pero su vocación más verdadera era la oración y el sufrimiento: ser víctima

sacrificial con la Víctima divina que es Jesús. Así lo revelan sus luminosos y ardientes escritos: "También es hermoso en la oscuridad, cuando todos descansan, hacer compañía a Jesús, a la luz titilante de la lámpara ante el Sagrario. Uno conoce entonces la grandeza infinita de su amor". "Pido a Dios largos años de vida para sufrir y expiar, para reparar. Me contento y me regocijo siempre porque puedo hacerlo. Ni morir ni curar, sino vivir para sufrir. En el sufrimiento está mi alegría, sufrimiento ofrecido con Jesús en la cruz". «Me ofrezco como víctima con Él, por la santificación de los sacerdotes, por los hombres del mundo entero".

2. El secreto

En su texto fundamental para comprender la historia de don Andrea Beltrami, don Giulio Barberis sitúa la santidad del joven salesiano en la órbita de la de Don Bosco, apóstol de la juventud abandonada. Barberis habla del P. Beltrami como "i Brillando como una estrella insigne... que derramó tanta luz como un buen ejemplo y nos animó al bien con sus virtudes!" Se trata, pues, de comprender qué vida ejemplar es ésta y hasta qué punto es un estímulo para quienes la contemplan. El testimonio de don Barberis se hace aún más riguroso y de forma muy atrevida declara: "Llevo más de 50 años en la Pía Sociedad Salesiana; más de 25 años he sido Maestro de Novicios: ¡cuántos santos hermanos he conocido, cuántos buenos jóvenes han pasado bajo mis órdenes en ese tiempo! ¡Cuántas flores escogidas se complació el Señor en trasplantar al jardín salesiano del Paraíso! Y sin embargo, si tengo que decir todo mi pensamiento, aunque no pretendo hacer comparaciones, mi convicción es que nadie ha superado a nuestro queridísimo don Andrea en virtud y santidad". Y afirmaba: "Estoy convencido de que es una gracia extraordinaria la que Dios ha querido conceder a la Congregación fundada por el incomparable Don Bosco, para que, tratando de imitarle, alcancemos en la Iglesia el objetivo que el venerable Don Bosco tuvo al fundarla". Este testimonio, compartido por muchos, se basa tanto en un profundo

conocimiento de la vida de los santos como en una familiaridad con don Beltrami de más de diez años.

A primera vista, la luz de santidad de Beltrami parecería contrastar con la santidad de Don Bosco de la que se supone que es un reflejo, pero una lectura atenta permite captar una urdimbre secreta sobre la que se teje la auténtica espiritualidad salesiana. Es esa parte oculta, no visible, la que sin embargo constituye la columna vertebral de la fisonomía espiritual y apostólica de Don Bosco y sus discípulos. La ansiedad del "*Damihianimas*" se nutre de la ascesis del "*caeteratolle*"; la parte delantera del carácter misterioso del famoso sueño de los diez diamantes, con las gemas de la fe, la esperanza, la caridad, el trabajo y la templanza, exige que la parte trasera corresponda a las de la obediencia, la pobreza, la recompensa, la castidad y el ayuno. La breve existencia del P. Beltrami está densa de un mensaje que representa la levadura evangélica que fermenta toda acción pastoral y educativa típica de la misión salesiana, y sin la cual la acción apostólica está destinada a agotarse en un activismo estéril e inconcluso. "La vida de don Beltrami, transcurrida enteramente oculta en Dios, enteramente en la oración, en el sufrimiento, en la humillación, en el sacrificio, enteramente en el trabajo oculto pero constante, en la caridad heroica, aunque restringida a un pequeño círculo según su condición, en conjunto me parece tan admirable que hace decir: la fe siempre ha obrado maravillas, obra maravillas incluso hoy, como ciertamente obrará maravillas mientras dure el mundo.

Es una entrega total e incondicional de uno mismo al plan de Dios lo que motiva la auténtica radicalidad del discipulado evangélico, es decir, de lo que está en la base de una existencia vivida como respuesta generosa a una llamada. El espíritu con el que don Beltrami vivió su vida está bien expresado por este testimonio relatado por uno de sus compañeros que, mientras se compadecía de él por su enfermedad, fue interrumpido por Beltrami en estos términos: "Déjalo, dijo, Dios sabe lo que hace; a cada uno le

corresponde aceptar su lugar y en eso ser un verdadero salesiano. Vosotros otros sanos trabajáis, yo enfermo sufro y rezo”, tan convencido estaba de ser un verdadero imitador de Don Bosco.

Por supuesto, no es fácil captar un secreto así, una perla tan preciosa. No fue fácil para don Barberis, que lo conoció seriamente durante diez años como director espiritual; no fue fácil para la tradición salesiana, que fue marginando a esta figura; tampoco es fácil para nosotros hoy y para todo un contexto cultural y antropológico que tiende a marginar el mensaje cristiano, especialmente en su núcleo de obra redentora que pasa por el escándalo de la humillación, la pasión y la cruz. “Describiendo las virtudes singulares de un hombre que vivió siempre encerrado en una casa religiosa, y, en sus años más importantes, en una pequeña habitación, sin poder siquiera bajar las escaleras, a causa de su enfermedad, de un hombre de tal humildad que se deshizo cuidadosamente de todos aquellos documentos que hubieran podido dar a conocer sus virtudes, y que procuró evitar que se filtrara una sombra de sus altos sentidos piadosos; De alguien que, ante los que querían y ante los que no querían, se proclamaba un gran pecador mencionando sus innumerables pecados, mientras que siempre se le había tenido por el mejor en cualquier escuela y colegio al que se hubiera presentado, es un trabajo no sólo difícil, sino casi imposible”. La dificultad para captar el perfil virtuoso depende del hecho de que tales virtudes no eran conspicuas ni estaban apoyadas por hechos externos particulares que llamaran la atención o despertaran admiración.

[\(continuación\)](#)

La vida según el Espíritu en Mamá Margarita (2/2)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

4. Éxodo hacia el sacerdocio del hijo

Desde el sueño de los nueve años, cuando es la única que intuye la vocación de su hijo, “quién sabe, tal vez llegue a ser sacerdote”, es la más convencida y tenaz partidaria de la vocación de su hijo, afrontando por ello humillaciones y sacrificios: “Su madre entonces, que quería sostenerlo a costa de cualquier sacrificio, no dudó en tomar la resolución de hacerlo frecuentar las escuelas públicas de Chieri al año siguiente. Se preocupó entonces de encontrar personas verdaderamente cristianas con las que pudiera colocarlo en un internado”. Margarita siguió discretamente el camino vocacional y formativo de Juan, en medio de graves apuros económicos.

Siempre le dejó libertad en sus elecciones y no condicionó en absoluto su camino hacia el sacerdocio, pero cuando el párroco intentó convencer a Margarita de por qué Juan no elegía la vida religiosa, para garantizarle seguridad económica y ayuda, ella tendió inmediatamente la mano a su hijo y pronunció unas palabras que quedarían grabadas en el corazón de Don Bosco para el resto de su vida: “Sólo quiero que examines bien el paso que quieres dar, y que luego sigas tu vocación sin mirar a nadie”. El párroco quería que te disuadiera de esta decisión, en vista de la necesidad que podría tener en el futuro de tu ayuda. Pero yo digo: Yo no tengo nada que ver con estas cosas, porque Dios es lo primero. No te preocupes por mí. No quiero nada de ti; no espero nada de ti. Piensa bien: nací en la pobreza, he vivido en la pobreza, quiero morir en la pobreza. De hecho te lo protesto. Si decides hacerte sacerdote secular y por desgracia te haces rico, no vendré a hacerte ni una sola visita, es más, no

volveré a pisar tu casa. Recuérdalo bien”.

Pero en este camino vocacional, no deja de ser fuerte con su hijo, recordándole, con ocasión de su partida para el seminario de Chieri, las exigencias de la vida sacerdotal: “Juan mío, has vestido el hábito sacerdotal; siento todo el consuelo que una madre puede sentir por la buena fortuna de su hijo. Pero recuerda que no es el hábito lo que honra tu estado, sino la práctica de la virtud. Si alguna vez llegas a dudar de tu vocación, ¡ah, por piedad, no deshonres este hábito! Déjalo pronto. Amo más a un pobre campesino, que a un hijo sacerdote descuidado en sus deberes”. Don Bosco no olvidaría nunca estas palabras de su madre, expresión a la vez de la conciencia de su dignidad sacerdotal y fruto de una vida profundamente recta y santa.

El día de la Primera Misa de Don Bosco, Margarita volvió a hacerse presente con palabras inspiradas por el Espíritu, que expresaban tanto el auténtico valor del ministerio sacerdotal como la entrega total de su hijo a su misión, sin fingimientos ni peticiones: “Eres sacerdote; dices Misa; a partir de aquí estás más cerca de Jesucristo. Recuerda, sin embargo, que empezar a decir Misa es empezar a sufrir. No te darás cuenta enseguida, pero poco a poco verás que tu madre te ha dicho la verdad. Estoy seguro de que rezarás por mí todos los días, tanto si aún vivo como si ya he muerto; eso me basta. A partir de ahora piensa sólo en la salud de las almas y no pienses en mí”. Renuncia por completo a su hijo para ofrecerlo al servicio de la Iglesia. Pero al perderlo lo vuelve a encontrar, compartiendo su misión educativa y pastoral entre los jóvenes.

5. Éxodo de los Becchi a Valdocco

Don Bosco había apreciado y reconocido los grandes valores que había sacado de su familia: la sabiduría campesina, la sana astucia, el sentido del trabajo, la esencialidad de las cosas, la laboriosidad para ponerse manos a la obra, el optimismo a ultranza, la resiliencia en los momentos de infortunio, la capacidad de recuperarse después de

los golpes, la alegría siempre y en todo caso, el espíritu de solidaridad, la fe viva, la verdad y la intensidad del afecto, el gusto por la acogida y la hospitalidad; todos bienes que había encontrado en casa y que le habían construido de esa manera. Está tan marcado por esta experiencia que, cuando piensa en una institución educativa para sus hijos varones, no quiere otro nombre que el de 'hogar' y define el espíritu que debía imprimirle con la expresión 'espíritu de familia'. Y para darle la impronta adecuada, le pide a Mamá Margarita, ya anciana y cansada, que abandone la tranquilidad de su casita en las colinas, para bajar a la ciudad y hacerse cargo de aquellos chicos recogidos de la calle, aquellos que le darían no pocas preocupaciones y penas. Pero ella va para ayudar a Don Bosco y para ser madre de aquellos que ya no tienen familia ni afectos. Si Juan Bosco aprende en la escuela de Mamá Margarita el arte de amar concretamente, generosamente, desinteresadamente y hacia todos, su madre compartirá la elección de su hijo de consagrar su vida a la salvación de los jóvenes hasta el final. Esta comunión de espíritu y de acción entre hijo y madre marca el inicio de la obra salesiana, implicando a muchas personas en esta aventura divina. Llegado a una situación de paz, acepta, ya no joven, dejar la vida tranquila y la seguridad de los Becchi, para ir a Turín, en un suburbio y en una casa despojada. Fue un verdadero cambio en su vida.

Entonces Don Bosco, después de pensar y repensar cómo salir de las dificultades, fue a hablar con su párroco de Castelnuovo, contándole su necesidad y sus temores.

– ¡Tienes a tu madre! El párroco le respondió sin dudarle un instante: haz que venga contigo a Turín.

Don Bosco, que había previsto esta respuesta, quiso hacer algunas reflexiones, pero Don Cinzano replicó:

– Llévate a tu madre contigo. No encontrarás a nadie mejor que ella para la obra. Ten la seguridad de que tendrás un ángel a tu lado. Don Bosco volvió a casa convencido de las razones que le había expuesto el sacerdote. Sin

embargo, dos razones lo retenían. La primera era la vida de privaciones y cambio de costumbres, a la que naturalmente tendría que someterse su madre en aquella nueva posición. La segunda, la repugnancia que le producía proponer a su madre un cargo que de alguna manera la hubiera hecho depender de él. Para Don Bosco su madre lo era todo, y con su hermano José estaba acostumbrado a mantener todos sus deseos como ley incuestionable. Sin embargo, después de pensar y rezar, viendo que no le quedaba otra opción, concluyó:

– Mi madre es una santa, ¡así que puedo declararme a ella!

Así que un día la llevó aparte y le habló así:

– He decidido, oh madre, volver a Turín entre mis queridos jóvenes. A partir de ahora, como ya no me alojaré en el Refugio, necesitaré una persona de ayuda; pero el lugar donde tendré que vivir en Valdocco, a causa de ciertas personas que viven cerca de allí, es muy arriesgado, y no me deja tranquilo. Necesito, pues, tener a mi lado una salvaguardia que aleje de las personas malévolas todo motivo de sospecha y de chismorreos. Sólo tú podrías quitarme todo temor; ¿no vendrías de buen grado a quedarte conmigo? Ante esta salida imprevista, la piadosa mujer se quedó un tanto pensativa, y luego contestó:

– Mi querido hijo, puedes imaginarte cuánto me cuesta el corazón dejar esta casa, a tu hermano y a los demás seres queridos; pero si te parece que tal cosa puede agrandar al Señor estoy dispuesta a seguirte. Don Bosco se lo aseguró, y dándole las gracias, concluyó:

– Arreglemos entonces las cosas, y después de la fiesta de los Santos nos iremos. Margarita fue a vivir con su hijo, no para llevar una vida más cómoda y agradable, sino para compartir con él las penurias y sufrimientos de cientos de muchachos pobres y abandonados; fue allí, no atraída por la codicia del dinero, sino por el amor a Dios y a las almas, porque sabía que la parte del sagrado ministerio que Don Bosco había asumido, lejos de proporcionarle recursos o ganancias, le obligaba a gastar sus propios bienes, y también a buscar

limosnas. Ella no se detuvo; al contrario, admirando el valor y el celo de su hijo, se sintió aún más animada a ser su compañera e imitadora, hasta su muerte.

Margarita vivió en el Oratorio aportando ese calor maternal y sabiduría de mujer profundamente cristiana, entrega heroica a su hijo en tiempos difíciles para su salud y seguridad física, ejerciendo así una auténtica maternidad espiritual y material hacia su hijo sacerdote. De hecho, se instala en Valdocco no sólo para cooperar en la obra iniciada por su hijo, sino también para disipar cualquier ocasión de calumnia que pudiera surgir de la proximidad de locales equívocos.

Abandona la tranquila seguridad del hogar de José para aventurarse con su hijo en una misión nada fácil y arriesgada. Vive su tiempo en una dedicación sin reservas a los jóvenes 'de los que fue madre'. Amaba a los muchachos del oratorio como a sus propios hijos y trabajaba por su bienestar, educación y vida espiritual, dando al oratorio ese ambiente familiar que sería característico de las casas salesianas desde el principio. "Si existe la santidad de los éxtasis y las visiones, existe también la de las ollas que limpiar y los calcetines que remendar. Mamá Margarita era una santa así".

En sus relaciones con los niños era ejemplar, distinguiéndose por su finura en la caridad y su humildad en el servicio, reservándose para sí las ocupaciones más humildes. Su intuición de madre y de mujer espiritual le llevó a reconocer en Domingo Savio una extraordinaria obra de gracia.

Sin embargo, incluso en el Oratorio no faltaron las pruebas y cuando hubo un momento de vacilación debido a la dureza de la experiencia, causada por una vida muy exigente, la mirada al Crucifijo señalado por su hijo fue suficiente para infundirle nueva energía: "Desde ese instante no escapó de sus labios ninguna palabra de lamento. En efecto, a partir de entonces pareció insensible a esas miserias".

Don Rua resumió bien el testimonio de Mamá Margarita en el oratorio, con quien vivió cuatro años: “Mujer verdaderamente cristiana, piadosa, de corazón generoso y valiente, prudente, que se dedicó por entero a la buena educación de sus hijos y de su familia adoptiva”.

6. Éxodo a la casa del Padre

Nació pobre. Vivió pobre. Murió pobre con el único vestido que usaba; en su bolsillo había 12 liras destinadas a comprar uno nuevo, que nunca compró.

Incluso en la hora de la muerte, se dirigió a su amado hijo y le dejó palabras dignas de la mujer sabia: “Ten mucha confianza en los que trabajan contigo en la viña del Señor... Ten cuidado que muchos en vez de la gloria de Dios buscan su propia utilidad... No busquéis la elegancia ni el esplendor en las obras. Buscad la gloria de Dios; tened como base la pobreza de obras. Muchos aman la pobreza en los demás, pero no en sí mismos. La enseñanza más eficaz es que seamos los primeros en hacer lo que ordenamos a los demás”.

Margarita, que había consagrado a Juan a la Santísima Virgen, a la que le había encomendado al comienzo de sus estudios, recomendándole la devoción y la propagación del amor a María, le tranquilizaba ahora: “La Virgen no dejará de guiar sus asuntos”.

Toda su vida fue una entrega total. En su lecho de muerte pudo decir: “He hecho toda mi parte”. Murió a los 68 años en el Oratorio de Valdocco, el 25 de noviembre de 1856. Los chicos del Oratorio la acompañaron al cementerio, llorándola como ‘Mamá’.

Don Bosco, entristecido, dijo a Pietro Enria: “Hemos perdido a nuestra madre, pero estoy seguro de que nos ayudará desde el Cielo. Era una santa”. Y el mismo Enria añadió: “Don Bosco no exageró al llamarla santa, porque se sacrificó por nosotros y fue una verdadera madre para todos nosotros”.

Para concluir

Mamá Margarita fue una mujer rica de vida interior y de fe granítica, sensible y dócil a la voz del Espíritu, dispuesta a captar y realizar la voluntad de Dios, atenta a los problemas del prójimo, disponible para proveer a las necesidades de los más pobres y especialmente de los jóvenes abandonados. Don Bosco recordaría siempre las enseñanzas y lo que había aprendido en la escuela de su madre y esta tradición marcaría su sistema educativo y su espiritualidad. Don Bosco había experimentado que la formación de su personalidad estaba vitalmente enraizada en el extraordinario clima de entrega y bondad de su familia; por eso quiso reproducir en su obra sus cualidades más significativas. Margarita entrelazó su vida con la de su hijo y con los inicios de la obra salesiana: fue la primera 'Cooperadora' de Don Bosco; con activa bondad se convirtió en el elemento materno del Sistema Preventivo. En la escuela de Don Bosco y de Mamá Margarita esto significa cuidar la formación de las conciencias, educar a la fortaleza de la vida virtuosa en la lucha, sin rebajas ni compromisos, contra el pecado, con la ayuda de los sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación, creciendo en la docilidad personal, familiar y comunitaria a las inspiraciones y mociones del Espíritu Santo para fortalecer las razones del bien y testimoniar la belleza de la fe.

Para toda la Familia Salesiana, este testimonio es una ulterior invitación a asumir una atención privilegiada a la familia en la pastoral juvenil, formando e implicando a los padres en la acción educativa y evangelizadora de sus hijos, valorando su contribución en los itinerarios de educación afectiva y favoreciendo nuevas formas de evangelización y de catequesis de y a través de las familias. Mamá Margarita es hoy un modelo extraordinario para las familias. La suya es una santidad familiar: como mujer, esposa, madre, viuda, educadora. Su vida contiene un mensaje de gran actualidad, especialmente en el redescubrimiento de la santidad del matrimonio.

Pero hay que subrayar otro aspecto: una de las razones fundamentales por las que Don Bosco quiso tener a su

madre a su lado en Turín fue encontrar en ella una custodia para su propio sacerdocio. “Llévate a tu madre contigo”, le había sugerido el viejo párroco. Don Bosco acogió a Mamá Margarita en su vida de sacerdote y educador. De niño, huérfano, fue su madre quien le llevó de la mano, de joven sacerdote fue él quien la llevó de la mano para compartir una misión especial. No se puede entender la santidad sacerdotal de Don Bosco sin la santidad de Mamá Margarita, modelo no sólo de santidad familiar, sino también de maternidad espiritual hacia los sacerdotes.

La vida según el Espíritu en Mamá Margarita (1/2)

Don Lemoyne en su prefacio a la vida de Mamá Margarita nos deja un retrato verdaderamente singular: “No describiremos acontecimientos extraordinarios o heroicos, sino que retrataremos una vida sencilla, constante en la práctica del bien, vigilante en la educación de sus hijos, resignada y previsora en las angustias de la vida, resuelta en todo lo que el deber le imponía. No rica, pero con corazón de reina; no instruida en ciencias profanas, sino educada en el santo temor de Dios; privada a temprana edad de los que habían de ser su sostén, pero segura con la energía de su voluntad apoyada en la ayuda celestial, pudo cumplir felizmente la misión que Dios le había confiado”.

Con estas palabras, se nos ofrecen las piezas de un mosaico y un lienzo sobre los que podemos construir la aventura del Espíritu que el Señor regaló a esta mujer que, dócil al Espíritu, se arremangó y afrontó la vida con fe laboriosa y caridad maternal. Seguiremos las etapas de esta aventura con la categoría bíblica de “éxodo”, expresión de un

auténtico camino en la obediencia de la fe. También Mamá Margarita vivió su “éxodo”, también ella caminó hacia “una tierra prometida”, atravesando el desierto y superando las pruebas. Vemos este camino reflejado a la luz de la relación con su hijo y según dos dinámicas típicas de la vida en el Espíritu: una menos visible, constituida por el dinamismo interior del cambio de sí mismo, condición previa e indispensable para ayudar a los demás; otra más inmediata y documentable: la capacidad de arremangarse para amar al prójimo en la carne, acudiendo en ayuda de los necesitados.

1. Éxodo de Capriglio a la granja de Biglione

Margarita fue educada en la fe, vivió y murió en la fe. “Dios estaba en el primer plano de todos sus pensamientos”. Sentía que vivía en la presencia de Dios y expresaba esta convicción con la afirmación que era habitual en ella: ‘Dios te ve’. Todo le hablaba de la paternidad de Dios y era grande su confianza en la Providencia, mostrando gratitud a Dios por los dones recibidos y gratitud a todos los que eran instrumentos de la Providencia. Margarita pasó su vida en una continua e incesante búsqueda de la voluntad de Dios, único criterio operativo para sus elecciones y acciones.

A los 23 años se casa con Francisco Bosco, viudo a los 27, con su hijo Antonio y su madre semiparalizada. Margarita se convierte no sólo en esposa, sino en madre adoptiva y ayuda de su suegra. Este paso es el más importante para los esposos porque saben bien que haber recibido santamente el sacramento del matrimonio es para ellos fuente de muchas bendiciones: para la serenidad y la paz en la familia, para los futuros hijos, para el trabajo y para superar los momentos difíciles de la vida. Margarita vive fiel y fructíferamente su matrimonio con Francisco Bosco. Sus anillos serán signo de una fecundidad que se extenderá a la familia fundada por su hijo Juan. Todo ello despertará en Don Bosco y sus muchachos un gran sentimiento de gratitud y amor hacia esta pareja de santos esposos y padres.

2. Éxodo de la granja Biglione a los Becchi

Sólo después de cinco años de matrimonio, en 1817, murió su marido Francisco. Don Bosco recordaba que, al salir de la habitación, su madre, llorando, “me tomó de la mano”, y lo condujo fuera. He aquí el icono espiritual y educativo de esta madre. Toma a su hijo de la mano y lo lleva fuera. Ya desde este momento existe ese “tomar de la mano”, que unirá a madre e hijo tanto en el camino vocacional como en la misión educativa.

Margarita se encuentra en una situación muy difícil desde el punto de vista emocional y económico, incluyendo una disputa pretextada por la familia Biglione. Hay deudas que pagar, duro trabajo en el campo y una terrible hambruna que afrontar, pero ella vive todas estas pruebas con gran fe y confianza incondicional en la Providencia.

La viudez le abre una nueva vocación como educadora atenta y solícita de sus hijos. Se dedica a su familia con tenacidad y valentía, rechazando una ventajosa propuesta de matrimonio. “Dios me dio un marido y me lo quitó; cuando murió me confió tres hijos, y sería una madre cruel si los abandonara cuando más me necesitan... El tutor... es un amigo, yo soy la madre de mis hijos; nunca los abandonaré, aunque quieras darme todo el oro del mundo”.

Educa a sus hijos con sabiduría, anticipándose a la inspiración pedagógica del Sistema Preventivo. Es una mujer que ha hecho la elección de Dios y sabe transmitir a sus hijos, en su vida cotidiana, el sentido de su presencia. Lo hace de forma sencilla, espontánea, incisiva, aprovechando cada pequeña oportunidad para educarles a vivir a la luz de la fe. Lo hace anticipando aquel método “de la palabra al oído” que Don Bosco utilizaría más tarde con los muchachos para llamarlos a la vida de la gracia, a la presencia de Dios. Lo hace ayudándoles a reconocer en las criaturas la obra del Creador, que es un Padre providencial y bueno. Lo hace relatando los hechos del Evangelio y la vida de los santos.

La educación cristiana. Prepara a sus hijos para

recibir los sacramentos, transmitiéndoles un vivo sentido de la grandeza de los misterios de Dios. Juan Bosco recibió la Primera Comunión en la Pascua de 1826: "Oh querido hijo, éste ha sido un gran día para ti. Estoy convencido de que Dios ha tomado verdaderamente posesión de tu corazón. Ahora prométele hacer todo lo posible para que sigas siendo bueno hasta el final de tu vida". Estas palabras de Mamá Margarita hacen de ella una verdadera madre espiritual de sus hijos, especialmente de Juan, que se mostrará enseguida sensible a estas enseñanzas, que tienen el sabor de una verdadera iniciación, expresión de la capacidad de introducir el misterio de la gracia en una mujer iletrada, pero rica en la sabiduría de los niños.

La fe en Dios se refleja en la exigencia de rectitud moral que practica consigo misma e inculca a sus hijos. "Contra el pecado había declarado una guerra perpetua. No sólo aborrecía lo que era malo, sino que se esforzaba por alejar la ofensa del Señor incluso de aquellos que no le pertenecían. Por eso estaba siempre alerta contra el escándalo, cautelosa, pero decidida y a costa de cualquier sacrificio".

El corazón que anima la vida de Mamá Margarita es un inmenso amor y devoción hacia la Santísima Eucaristía. Ella experimenta su valor salvífico y redentor en su participación en el santo sacrificio y en la aceptación de las pruebas de la vida. A esta fe y amor educa a sus hijos desde pequeños, transmitiéndoles esa convicción espiritual y educativa que encontrará en Don Bosco un sacerdote enamorado de la Eucaristía y que hará de ella un pilar de su sistema educativo.

La fe encontró expresión en la vida de oración y en particular la oración en común en familia. Madre Margarita encontró la fuerza de una buena educación en una vida cristiana intensa y solícita. Ella guía con el ejemplo y orienta con la palabra. En su escuela Juanito aprende así de forma vital el poder preventivo de la gracia de Dios. "La

instrucción religiosa, que una madre imparte con la palabra, con el ejemplo, comparando la conducta de su hijo con los preceptos particulares del catecismo, hace que la práctica de la Religión se convierta en algo normal y que el pecado sea rechazado por instinto, del mismo modo que la bondad es amada por instinto. Ser bueno se convierte en un hábito, y la virtud no cuesta mucho esfuerzo. Un niño así educado debe hacerse violencia a sí mismo para volverse malo. Margarita conocía el poder de tal educación cristiana y cómo la ley de Dios, enseñada en el catecismo cada noche y recordada con frecuencia incluso durante el día, era el medio seguro de hacer que los niños fueran obedientes a los preceptos de su madre. Por eso repetía las preguntas y respuestas tantas veces como era necesario para que los niños las aprendieran de memoria”.

Testimonio de caridad. En su pobreza, practicaba la hospitalidad con alegría, sin hacer distinciones ni exclusiones; ayudaba a los pobres, visitaba a los enfermos, y sus hijos aprendieron de ella a amar desmesuradamente a los más pequeños. “Tenía un carácter muy sensible, pero esta sensibilidad se transmutaba de tal manera en caridad que se la podía llamar con razón la madre de los necesitados”. Esta caridad se manifestaba en una marcada capacidad para comprender las situaciones, para tratar con las personas, para tomar las decisiones adecuadas en el momento oportuno, para evitar los excesos y para mantener en todo momento un gran equilibrio: “Una mujer de mucho sentido común” (Don Giacinto Ballesio). La sensatez de sus enseñanzas, su coherencia personal y su firmeza sin ira llegan al alma de los niños. Proverbios y refranes florecen con facilidad en sus labios y en ellos condensa preceptos de vida: “Mala lavandera nunca encuentra buena piedra”; “Quien a los veinte no sabe, a los treinta no hace y necio morirá”; “la conciencia es como una cosquilla, quien la siente y quien no”.

En particular hay que subrayar que Juan Bosco iba a ser un gran educador de muchachos, “porque había tenido una madre que le había educado la afectividad. Una madre buena,

simpática, fuerte. Con mucho amor educó su corazón. No se puede entender a Don Bosco sin mamá Margarita. No se le puede entender". Mamá Margarita contribuyó con su mediación materna a la obra del Espíritu en el modelado y formación del corazón de su hijo. Don Bosco aprendió a amar, como él mismo declaró, dentro de la Iglesia, gracias a Mamá Margarita y con la intervención sobrenatural de María, que le fue dada por Jesús como "Madre y Maestra".

3. El éxodo de los Becchi a la granja de los Moglia

Un momento de gran prueba para Margarita es la difícil relación entre sus hijos. «Los tres hijos de Margarita, Antonio, José y Juan, eran diferentes en temperamento e inclinaciones. Antonio era tosco de modales, de poca o ninguna delicadeza de sentimientos, un exagerado violento, un verdadero retrato del *¡A mí no me importa!* Vivía de la intimidación. A menudo se dejaba llevar y pegaba a sus hermanitos, y mamá Margarita tenía que correr para quitárselos de las manos. Sin embargo, nunca utilizó la fuerza para defenderlos y, fiel a su máxima, jamás le tocó un pelo a Antonio. Es de imaginar el dominio que Margarita tenía sobre sí misma para contener la voz de la sangre y el amor que profesaba a José y Juan. Antonio había estado medio escolarizado y había aprendido a leer y escribir, pero se jactaba de no haber estudiado ni ido nunca a la escuela. No tenía aptitudes para los estudios, hacía los trabajos del campo.

Por otra parte, Antonio se encontraba en una situación particularmente difícil: mayor que su edad, estaba herido en su doble condición de huérfano de padre y de madre. A pesar de su intemperancia, era generalmente sumiso, gracias a la actitud de Mamá Margarita, que conseguía dominarlo con la bondad del razonamiento. Con el tiempo, desgraciadamente, crecerá su intolerancia hacia Juanito en particular, que no se dejaba someter fácilmente, y también sus reacciones hacia Mamá Margarita se harán más duras y a veces pesadas. En particular, Antonio no acepta que Juanito se dedique a los estudios y las

tensiones llegarán a un punto culminante: “Quiero acabar con esta gramática. He venido grande y gordo, nunca he visto estos libros”. Antonio es hijo de su tiempo y de su condición campesina y no puede entender ni aceptar que su hermano pueda dedicarse a sus estudios. Todos están disgustados, pero la que más sufre es Mamá Margarita, implicada personalmente y con la guerra en casa día tras día: “Mi madre estaba angustiada, yo lloraba, el capellán afligido”.

Ante los celos y la hostilidad de Antonio, Margarita busca una solución al conflicto familiar, enviando a Juanito a la granja de los Moglia durante unos dos años y luego, ante la resistencia de Antonio, dispone con firmeza la división de la propiedad para que Juan pueda estudiar. Por supuesto, es sólo Juan, de 12 años, quien abandona el hogar, pero también la Madre experimenta este profundo desapego. No olvidemos que Don Bosco en sus Memorias del Oratorio no habla de este periodo. Tal silencio sugiere una experiencia difícil de procesar, siendo en ese momento un niño de doce años, obligado a dejar su casa porque no podía vivir con su hermano. Juan sufrió en silencio, esperando la hora de la Providencia y con él a Mamá Margarita, que no quiso cerrar el camino de su hijo, sino abrirlo por vías especiales, confiándolo a una buena familia. La solución tomada por la madre y aceptada por el hijo fue una opción temporal en vista de una solución definitiva. Era confianza y abandono en Dios. Madre e hijo viven una temporada de espera.

[\(continuación\)](#)